

LACTANCIO

SOBRE LA MUERTE
DE LOS
PERSEGUIDORES

SOBRE LA MUERTE DE LOS PERSEGUIDORES

El Señor, oh Donato carísi- 1
Introducción general. mo¹, oyó las plegarias que todos
Dedicatoria los días y a todas las horas ele-
y objeto de la obra vabas en su presencia, y las de
los demás hermanos² nuestros
que con su glorioso testimonio³ alcanzaron la corona
eterna como recompensa a los méritos contraídos por
su fe.

Pues he aquí que, una vez aniquilados todos sus²
enemigos y restablecida la paz en todo el orbe, la Igle-
sia⁴ hasta hace poco conculcada, resurge de nuevo y

el templo de Dios⁵, que había sido derruido por los
impíos, es reconstruido con mayor esplendor gracias a
3 la misericordia del Señor. Dios, en efecto, ha promo-
vido unos Príncipes⁶ que han puesto fin al poder mal-
vado y sangriento de los tiranos y han proporcionado
a la humanidad el que, disipada, por así decirlo, la
nube de la sombría época anterior, una paz alegre y
4 serena llene de regocijo las mentes de todos⁷. Ahora,
tras la negra tempestad y los violentos turbones, el
aire está en calma y brilla la luz deseada. Ahora, apla-
cado por las plegarias de sus siervos, Dios ha erguido
con su ayuda celestial a los que yacían afligidos. Ahora,
desbaratada la conspiración de los impíos, ha secado
5 las lágrimas de los que sufrían. Los que se habían le-
vantado contra Dios yacen en tierra; los que habían
derruido el templo santo han caído con un estrépito
mayor; los que habían torturado a los justos han en-
tregado sus almas criminales entre los castigos cele-
stiales y los tormentos a que se habían hecho acreedo-
6 res. Tardíamente, en verdad, pero con dureza y de
7 acuerdo con sus méritos⁸. Dios retrasó su castigo para
mostrar en ellos grandes y admirables ejemplos con

que los venideros aprendiesen que Dios es uno y es juez que impone a los impíos y a los perseguidores suplicios dignos de un vengador. Es de su muerte de 8 lo que me ha parecido bien dejar testimonio escrito⁹, a fin de que todos, tanto aquellos que no fueron testigos de los acontecimientos, como quienes nos sucederán, sepan de qué modo el Dios supremo mostró su poder y majestad en la extinción y aniquilación de los enemigos de su nombre. Sin embargo, no creo salirme 9 del tema¹⁰, si expongo primeramente cuáles fueron los perseguidores que han existido desde el principio, es decir, desde que se constituyó la Iglesia, y con qué penas se vengó de ellos severamente el juez celestial.

*El nacimiento
del Cristianismo
y la persecución
de Nerón*

En los últimos años¹¹ del rei- 2
nado del César Tiberio, según
podemos leer, Nuestro Señor Je-
sucristo fue crucificado por los
judíos, el 23 de marzo, durante
el consulado de los dos Géminos¹². Tras haber resuci- 2
tado al tercer día, reunió a los discípulos, a quienes

el miedo provocado por su captura había puesto en fuga. Y, después de permanecer con ellos cuarenta días, abrió sus mentes y les interpretó las Escrituras que hasta entonces habían permanecido oscuras e impenetrables para ellos. Les confió su misión¹³ y les instruyó para la predicación de su dogma y de su doctrina, estableciendo la disciplina solemne del Nuevo

3 Testamento¹⁴. Una vez cumplida esta tarea, lo envolvió una nube y arrebatándolo a sus ojos, se lo llevó

4 al cielo¹⁵. A partir de este momento, los discípulos, que entonces eran once, tras incluir en el puesto del traidor Judas a Matías y a Pablo¹⁶, se dispersaron por toda la tierra para predicar el Evangelio, tal como el Señor, su maestro, les había ordenado, y durante veinticinco años¹⁷, hasta el inicio del reinado de Nerón,

pusieron los cimientos de la Iglesia por todas las provincias y ciudades. Cuando Nerón era ya emperador, 5 llegó Pedro a Roma y, después de hacer algunos milagros, milagros que hacía en virtud del poder que Dios mismo le había conferido, convirtió a muchos a la justicia¹⁸ y levantó a Dios un templo indestructible. Esto llegó a conocimiento de Nerón quien, al constatar 6 que no sólo en Roma sino en todas partes y a diario, una gran multitud se apartaba del culto de los dioses y, tras condenar la vieja religión, se pasaba a la nueva¹⁹, dada su condición de tirano execrable y funesto, se lanzó a la destrucción del templo celestial y al aniquilamiento de la justicia convirtiéndose así en el primer perseguidor de los siervos de Dios. A Pedro lo crucificó y a Pablo lo decapitó.

Pero no quedó impune, pues no le pasó a Dios inadvertida la vejación de su pueblo. En efecto, derribado del pedestal y derrocado de su poder supremo, este tirano desenfrenado desapareció tan de repente, que ni siquiera se ha podido descubrir el lugar en que se encuentra la sepultura de tan malvada bestia²⁰. De ahí 8

viene el que algunos locos crean que ha sido transferido a algún lugar y conservado vivo de acuerdo con las palabras de la Sibila: «un matricida fugitivo vendrá de los confines de la tierra»²¹. De este modo, por haber sido el primer perseguidor sería también el último y el predecesor de la venida del Anticristo. Esto es impío creerlo. De igual manera que algunos de los nuestros declaran que dos profetas fueron transportados vivos hasta los últimos tiempos que precederán al reino santo y eterno de Cristo, cuando comience el descenso de éste; así también piensan que vendrá Nerón para ser el precursor que abra camino al diablo, cuando venga a devastar la tierra y a subvertir al género humano²².

*La persecución de
Domiciano y la
subsiguiente paz
de la Iglesia durante
el siglo II*

Después de Nerón, pasados al- 3
gunos años, surgió otro tirano no
menor que él, Domiciano²³. Éste,
a pesar de ejercer el poder²⁴ de
un modo odioso, estuvo pesando
sobre las cabezas de sus súbditos durante muchísimo
tiempo y reinó sin ser inquietado hasta que se atre- 2
vió a levantar sus manos impías contra el Señor. Pero
en el momento en que se vio incitado por impulso de
los demonios²⁵ a perseguir al pueblo justo, se vio en-

tregado a manos de sus enemigos y así pagó sus crímenes²⁶. Y no fue venganza suficiente el que fuese muerto en su propia casa: fue borrado, incluso, el 3 recuerdo de su nombre. En efecto, tras haber construido magníficos edificios y haber levantado el Capitolio y otros notables monumentos²⁷, el Senado persi-

guió su recuerdo hasta tal punto, que no dejó vestigio alguno de sus estatuas y de sus inscripciones e, incluso, una vez muerto, lo estigmatizó con severísimos 4 decretos que sirviesen de eterna ignominia. Después de ser derogados los actos de este tirano²⁸, la Iglesia no sólo fue restituida en su primitiva condición, sino que se encontró en una situación de mucho mayor esplendor y florecimiento que antes. En la época siguiente, en la que muchos y buenos Príncipes mantuvieron el timón y el rumbo del Imperio romano, no sufrió ningún ataque de los enemigos y extendió sus brazos por Oriente y Occidente²⁹. Hasta tal punto, que no 5 hubo ningún rincón de la tierra³⁰, por remoto que estuviese, donde no penetrase la religión de Dios y ningún pueblo de costumbres tan bárbaras, que, tras la adopción del culto de Dios, no se humanizase por la acción de la justicia³¹. Pero, después, esta larga paz se vio truncada.

*Persecución
de Decio*

En efecto, tras muchos años, surgió para vejar a la Iglesia el execrable animal Decio³². Pues ¿quién sino un malo puede ser perseguidor de la justicia?³³.

- 2 Como si hubiese sido elevado a la cumbre del poder con esta finalidad, comenzó rápidamente a volcar su cólera contra Dios para que rápida fuese su caída³⁴.
- 3 Habiendo marchado en expedición contra los carpos, que habían ocupado Dacia y Mesia, rodeado de improviso por los bárbaros, fue destruido con gran parte del ejército³⁵. Ni siquiera pudo ser honrado con la

sepultura ³⁶, sino que, despojado y desnudo, como correspondía a un enemigo de Dios, fue pasto de las aves de presa en el suelo.

*Persecución y muerte
de Valeriano*

No mucho después, también **5**
Valeriano, arrebatado por una
cólera semejante, levantó contra
Dios sus manos impías y, aunque
en breve espacio de tiempo, de-
rramó mucha sangre de los justos ³⁷. Pero Dios le in-
fligió un tipo de castigo nuevo y singular, a fin de que
sirviese a los venideros como ejemplo de que los ene-
migos de Dios reciben siempre un pago digno de su
crimen.

Capturado por los persas, perdió no sólo el poder **2**
del que se había servido con insolencia, sino también
la libertad de que había privado a los demás y vivió el
resto de su vida en una humillante servidumbre ³⁸. En **3**

efecto, el rey de los persas, Sapor, que era quien le había cogido prisionero, cuando deseaba subir al carro o montar a caballo, mandaba al romano que se postase y le ofreciese su espalda y, poniéndole el pie sobre ella, le decía entre risas, en plan de burla, que ésta era la realidad verdadera y no lo que los romanos pintaban en tablas y murales. De este modo, tras haber contribuido a realzar magníficamente el desfile triunfal de aquél, vivió aún lo suficiente para que, durante un largo tiempo, el nombre romano fuese motivo de mofa y burla entre los bárbaros. Otro hecho contribuyó a agravar su castigo: aunque tenía un hijo emperador, no tuvo un vengador de su cautividad y de su abyecta servidumbre, ni nadie lo reclamó en absoluto³⁹. Una vez que acabó su humillante vida en medio de una ignominia como ésta, fue despellejado y, tras separarle las vísceras de la piel, tiñeron ésta con un líquido rojo y la colgaron en el templo de los dioses bárbaros, a fin de que sirviese de conmemoración de tan brillante victoria y, a nuestros embajadores, la contemplación de los despojos de este emperador cautivo en el templo de sus dioses bárbaros les sirviese de advertencia perenne para que los romanos no confiaran demasiado en sus fuerzas⁴⁰.

Así pues, ¿no resulta sorprendente que tras haberse 7
vengado Dios de los sacrilegos con tales castigos se
haya atrevido aún alguien no ya a obrar, sino ni si-
quiera a pensar algo contra la majestad del Dios único
que rige y controla el universo?

*Persecución
de Aureliano*

Aureliano, que era de tempera- 6
mento desquiciado y violento ⁴¹,
aunque se acordaba de la cauti-
vidad de Valeriano, olvidó, sin
embargo, cuál había sido su cul-
pa y el castigo subsiguiente y provocó la ira de Dios
con sus acciones criminales. Pero ni siquiera le fue
dado llevar a término sus maquinaciones, pues murió
súbitamente cuando comenzaba a poner en práctica
su locura. Aún no habían llegado a las provincias más 2
alejadas sus sanguinarios decretos ⁴², cuando él mismo

yacía ya en tierra cubierto de sangre en Cenofrurio, localidad de Tracia⁴³, víctima de sus propios amigos movidos por falsas sospechas⁴⁴. Era conveniente re-
3 frenar a los tiranos venideros con escarmientos tan impresionantes y numerosos. Pero éstos no sólo no se atemorizaron, sino que actuaron contra Dios con mayor audacia e insolencia.

*Semblanza
de Diocleciano*

Diocleciano, que fue un inven- 7
tor de crímenes y un maquina-
dor de maldades⁴⁵, al tiempo
que arruinaba todas las demás
cosas, tampoco pudo abstenerse
de levantar sus manos contra Dios. Con su avaricia 2
y su timidez alteró la faz de la tierra⁴⁶. En efecto, di-
vidiendo la tierra en cuatro partes⁴⁷ hizo a otros tres

emperadores partícipes de su poder. Paralelamente multiplicó el ejército, pues cada cual contendía por disponer de un ejército mayor que el que cada uno de los emperadores anteriores había tenido cuando uno solo estaba al frente de todo el Estado⁴⁸. Se llegó al

extremo de que era mayor el número de los que vivían de los impuestos que el de los contribuyentes⁴⁹, hasta el punto de que, al ser consumidos por la enormidad de las contribuciones los recursos de los colonos, las tierras quedaban abandonadas y los campos cultivados se transformaban en selvas⁵⁰.

4 Para colmo, a fin de que el terror llegase a todas partes, las provincias fueron subdivididas hasta el infinito⁵¹. En consecuencia, numerosos gobernadores y negociados oprimían a cada una de las regiones, incluso casi a cada una de las ciudades⁵². Igualmente

eran numerosos los funcionarios del fisco, magistrados y vicarios de los prefectos del Pretorio⁵³ cuya actividad en el orden civil era escasa, pero intensa, por el contrario, a la hora de dictar multas y proscripciones. Las exacciones de todo tipo eran, no diré ya frecuentes, sino constantes y los atropellos para llevarlas a cabo insoportables⁵⁴. Igualmente intolerable era lo re- 5

ferente a la prestación de soldados⁵⁵. Llevado de su insaciable avaricia, no quería que jamás disminuyese el tesoro, sino que exigía constantemente impuestos y donaciones extraordinarias⁵⁶, a fin de mantener íntegras e intactas las reservas. Asimismo, tras haber provocado una enorme carestía con diversas maldades, intentó fijar por ley los precios de los productos del mercado. En consecuencia, se derramó mucha sangre por causa de productos despreciables y de escaso valor, el miedo hizo desaparecer los productos del mercado y la carestía aumentó mucho más, por lo que la ley, por la fuerza misma de los hechos, terminó por caer en desuso, pero no sin haber provocado previamente la perdición de muchos⁵⁷.

A esto se añadía su insaciable pasión por las cons- 8
trucciones, por lo que no fue menor la explotación de
las provincias mediante la requisita de obreros, artesa-
nos y medios de transporte de todo tipo; de todo, en
fin, lo que es necesario para las edificaciones⁵⁸. Aquí 9

surgían basílicas; allí, circos; en este lugar, una fábrica de moneda; en el otro, de armas; aquí, un palacio para la esposa; allí, otro para la hija⁵⁹. De pronto una gran parte de la ciudad es destruida. Todos se veían obligados a emigrar con mujeres e hijos, como si la ciudad
10 hubiese sido tomada por el enemigo⁶⁰. Y cuando las nuevas edificaciones estaban ya terminadas a costa de la ruina de las provincias: «esto —decía— no ha sido construido correctamente, que se haga de otro modo». Era necesario derruirlo todo y transformarlo, quizá para ser destruido de nuevo. Y es que su demencia le llevaba a desear igualar Nicomedia con la ciudad de Roma⁶¹.

Paso por alto el hecho de que muchos pereciesen 11 por la sola culpa de poseer tierras o riquezas. Esto se convirtió en algo habitual y, por lo tanto, casi legal, por la costumbre impuesta por los malvados⁶². Pero hubo algo en lo que se distinguió: dondequiera que veía un campo mejor cultivado o un edificio más bello de lo habitual, tenía ya preparada para su dueño una acusación falsa y la pena de muerte, como si no pudiese apoderarse de lo que no le pertenecía sin derramar sangre⁶³.

*Semblanza
de Maximiano
Hercúleo*

¿Qué decir de su hermano Ma- 8
ximiano, llamado Hercúleo⁶⁴? No
era diferente de él. Ni, en efecto,
podrían haberse mantenido uni-
dos en una amistad tan fiel⁶⁵, si
no hubiesen poseído ambos una misma mentalidad,

una misma manera de pensar, y una voluntad e ideas
2 semejantes ⁶⁶. Sólo se diferenciaban en que el primero
poseía una mayor avaricia, pero también más timidez,
mientras que el segundo tenía menos avaricia, pero
estaba dotado de mayor audacia, aunque no para hacer
3 el bien, sino el mal ⁶⁷. En efecto, pese a que tenía la
sede misma del Imperio, Italia, y que dependían de él
provincias muy ricas, como África o Hispania ⁶⁸, no se
distingua, precisamente, en la conservación de las ri-
4 quezas que le aflujan en abundancia. Por lo demás,
cuando la necesidad se presentaba, no le faltaban ri-
quísimos senadores a los que testigos sobornados acu-
sasen de optar al Imperio ⁶⁹. En consecuencia, eran

cegadas continuamente las lumbreras del Senado ⁷⁰. El fisco, ensangrentado, rebosaba de riquezas mal adquiridas ⁷¹.

La libido de este hombre pestífero le impulsaba no ⁵ sólo a corromper a los muchachos jóvenes, cosa detestable y odiosa ya de por sí, sino también a violar a las hijas de los primeros ciudadanos ⁷². En efecto, en cualquier lugar adonde llegase de viaje, inmediatamente tenía a su disposición jóvenes doncellas arrancadas de los brazos de sus padres. Con esto se consideraba ⁶ personalmente feliz, de esto pensaba que dependía la prosperidad de su Imperio: no negar nada a sus deseos y pasiones degeneradas.

7 Paso por alto a Constancio, puesto que fue diferente de los demás y digno de estar él solo al frente de todo el Imperio⁷³.

9 Mas el otro Maximiano⁷⁴, a quien Diocleciano había unido consigo como yerno⁷⁵, fue peor no sólo que estos dos a los que conoció nuestro tiempo, sino peor también que todos los malvados que antes habían existido⁷⁶. Esta bestia⁷⁷ estaba dotada de una barbarie innata y de una fiereza ajena a la sangre romana⁷⁸. Lo

*Semblanza
de Galerio*

cual no es de extrañar, pues su madre, de origen transdanubiano, había huido a Nueva Dacia, cruzando el río, a raíz de las invasiones de los carpos en Dacia⁷⁹. Su 3 cuerpo se correspondía con sus costumbres: de alta estatura y carnes abundantes, que hacían de él una horrenda masa hinchada y rebosante⁸⁰. En definitiva, 4 tanto por su voz, como por sus acciones y por su aspecto físico, causaba a todos terror y pavor. Incluso

su suegro le temía muchísimo. La causa fue la siguiente.

5 El rey de los persas, Narsés, incitado por el ejemplo de su abuelo Sapor, se aprestaba a ocupar el Oriente con un gran ejército ⁸¹. En tanto, Diocleciano, debido a su carácter temeroso y pusilánime en toda situación tensa y a que estaba receloso, al mismo tiempo, por la experiencia de Valeriano, no se atrevió a hacerle frente, sino que envió a aquél a través de Armenia, mientras él permanecía en Oriente a la expectativa de
7 los acontecimientos ⁸². Galerio, sirviéndose de estrata-

gemas, dado que los bárbaros tienen costumbre de acudir a la guerra con todas sus cosas, los venció sin dificultad por estar obstaculizados por sus bagajes y por su excesivo número⁸³. Tras forzar la fuga del rey Narsés, retornó con el botín y con ingentes despojos, lo que le llenó a él de orgullo y a Diocleciano de temor⁸⁴. Así pues, tras esta victoria se sintió tan encumbrado, que despreciaba ya el título de César. Cuando lo escuchaba⁸⁵ en las cartas que le eran dirigidas, solía exclamar con voz terrible y expresión atroz: *¿Hasta cuándo César?*⁸⁶.

A raíz de esto comenzó a comportarse con gran insolencia, hasta el punto de que deseaba hacerse pasar por

y ser titulado hijo de Marte, como un segundo Rómulo; y llegó hasta el extremo de infamar con un estupro el nombre de su madre Rómula para hacerse pasar por
10 descendiente de los dioses ⁸⁷. Paso por alto el hablar de sus acciones de gobierno, para no alterar el orden de exposición de los acontecimientos. Fue después de recibir el título de emperador ⁸⁸, una vez libre de su suegro, cuando comenzó a cometer sus locuras y a conculcarlo todo ⁸⁹.

11 Diocles —pues así se llamaba antes de su acceso al Imperio ⁹⁰—, a pesar de que, con unos programas y unos consejeros tales, llevaba el Estado a la ruina y pese a que no había castigo que sus crímenes no mere-

ciesen, reinó en medio de una gran felicidad, en tanto no profanó sus manos con la sangre de los justos⁹¹. Expondré ahora las razones que le llevaron a desen- 12 cadenar la persecución.

Se encontraba a la sazón en 10
Primeras medidas Oriente⁹², y como, por ser timo-
contra los cristianos. rato, era alicionado a escudriñar
Sus causas el futuro, se entregaba a sacrifi-
car animales para descubrir el
porvenir en sus vísceras⁹³. Con tal motivo, algunos de 2
los ministros del culto que creían en el Señor se san-
tiguaron en la frente con el signo inmortal, mientras
le asistían en el sacrificio. Hecho esto, los demonios
se pusieron en fuga y los sacrificios se vieron pertur-
bados⁹⁴. Comenzaron a temblar los arúspices, pues no
veían en las vísceras las señales de costumbre y repe-
tían una y otra vez los sacrificios, como si éstos hu-

3 biesen sido vanos⁹⁵. Mas las víctimas sacrificadas, una y otra vez, no daban resultado alguno. Entonces el maestro de los arúspices, Tages⁹⁶, bien por haberlo sospechado, bien por haberlo observado, declaró que la causa de que los sacrificios no diesen resultado era que personas profanas participaban en las ceremonias di-
4 vinas. Entonces, furioso, ordenó que sacrificasen no sólo los ministros del culto, sino también todos los que se encontraban en palacio y, caso de que se negasen, que fuesen obligados a ello a fuerza de azotes⁹⁷. Asimismo dio órdenes escritas a los jefes de las unidades militares⁹⁸ para que se obligase también a los soldados a realizar los sacrificios nefandos, so pena de que quienes no obedeciesen fuesen expulsados del ejército⁹⁹.

Hasta aquí llegaron su cólera y su locura sin que 5
tomase ninguna otra medida contra la ley y la religión
divina. Seguidamente, pasado algún tiempo, vino a Bi- 6
tinia a invernar¹⁰⁰. Aquí llegó también el César Galerio
inflamado de idéntico furor criminal, con la intención
de incitar a este endeble anciano a que continuase en
la persecución a los cristianos que ya había iniciado¹⁰¹.

Por lo que respecta a los motivos de esta mala saña, esto es lo que he podido saber.

11

*Galerio induce
a Diocleciano a
iniciar la gran
persecución del 303*

Su madre adoraba a los dioses de las montañas ¹⁰² y, dado que era una mujer sobremanera supersticiosa, ofrecía banquetes sacrificiales casi diariamente y así proporcionaba alimento a sus paisanos ¹⁰³. Los cristianos se abstenían de participar y, mientras ella banqueteaba con los paganos, ellos se entregaban al ayuno ² y la oración ¹⁰⁴. Concibió por esto odio contra ellos y, con lamentaciones mujeriles, incitaba a su hijo, que no era menos supersticioso que ella, a eliminar a estos ³ hombres. Así pues, durante todo el invierno ambos emperadores tuvieron reuniones a las que nadie era ad-

mitido¹⁰⁵ y en las que todos creían que se trataban asuntos del más alto interés público¹⁰⁶. El anciano se opuso a su apasionamiento tratando de hacerle ver lo pernicioso que sería turbar la paz de la tierra mediante el derramamiento de la sangre de muchas personas¹⁰⁷. Insistía en que los cristianos acostumbraban a morir con gusto¹⁰⁸ y que era suficiente con prohibir la práctica de esta religión a los funcionarios de palacio y a los soldados¹⁰⁹. Pero no logró reprimir la locura de este 4 hombre apasionado. Por ello, le pareció oportuno tantear la opinión de sus amigos¹¹⁰. Así era, en efecto, su 5

malvado carácter: cuando tomaba alguna medida beneficiosa lo hacía sin pedir previamente consejo, a fin de que las alabanzas recayesen sólo sobre él; por el contrario, cuando la medida era perjudicial, como sabía que se le iba a reprochar, convocaba a consejo a muchos, a fin de que se culpase a otros de aquello de lo que sólo él era responsable ¹¹¹.

- 6 Se hizo, pues, comparecer a unos pocos altos funcionarios y militares ¹¹² y se les fue interrogando si-

guiendo el orden jerárquico. Algunos, llevados de su odio personal contra los cristianos, opinaron que éstos debían ser eliminados en cuanto enemigos de los dioses y de los cultos públicos; los que pensaban de otro modo coincidieron con este parecer, tras constatar los deseos de esta persona, bien por temor, bien por deseo de alcanzar una recompensa. Pero ni aun así se do- 7
blegó el emperador a dar su asentimiento, sino que prefirió consultar a los dioses y, a tal fin, envió un arúspice al Apolo Miliesio ¹¹³. Éste respondió como ene- 8
migo de la religión divina ¹¹⁴. Así pues, cambió de idea
y, dado que no podía ya oponerse ni a sus amigos ¹¹⁵,
ni al César, ni a Apolo, se esforzó, al menos, en que se observase la limitación de que todo se hiciese sin derramamiento de sangre, en tanto que el César deseaba que fuesen quemados vivos los que se negasen a ofrecer sacrificios ¹¹⁶.

*Comienzo de la Gran
Persecución*

Se busca el día favorable y propicio y resulta elegida la fiesta de las Terminales, que se celebran el 23 de febrero, como si con ello se quisiese poner término a nues-

tra religión ¹¹⁷. *Aquel día fue la causa primera de la muerte, la causa primera de los males* ¹¹⁸ que se abatieron sobre ellos y sobre todo el orbe de la tierra.

- 2 Al amanecer de este día —ejercían, a la sazón, el consulado ambos ancianos ¹¹⁹, el uno por octava vez, el otro por séptima vez—, cuando la luz era aún tenue se presentó de improviso en la iglesia ¹²⁰ el prefecto acompañado de los jueces y los otros ministros y de los funcionarios del fisco ¹²¹. Arrancan las puertas y buscan

la imagen de Dios; descubren y queman las Escrituras ¹²²; se les permite a todos hacer botín; hay pillajes, agitación, carreras.

Mientras tanto, los dos emperadores desde un lugar ³ estratégico —pues al estar la iglesia en un lugar elevado era visible desde palacio— discutían entre sí largamente si no sería preferible prender fuego a la iglesia. Se impuso el parecer de Diocleciano, temero- ⁴ so de que, al provocar un gran incendio, ardiese también alguna parte de la ciudad, pues la iglesia estaba rodeada por todas partes de numerosos y grandes edificios ¹²³. Así pues, se presentaron los pretorianos ⁵ formados en escuadrón ¹²⁴, provistos de hachas y otras

herramientas y, acometiéndolo por todas partes, en pocas horas arrasaron hasta nivel del suelo este soberbio templo ¹²⁵.

13

*Publicación del Edicto
de Persecución*

Al día siguiente ¹²⁶ se publicó un Edicto en el que se estipulaba que las personas que profesasen esta religión fuesen privadas de todo honor y de toda dignidad y que fuesen sometidas a tormento, cualquiera que fuese su condición y categoría; que fuese lícita cualquier acción judicial contra ellos, al tiempo que ellos no podrían querrellarse por injurias, adulterio o robo; en una palabra, se les privaba de la libertad y de la palabra ¹²⁷.

Cierta persona, dando muestras de gran valentía, aun- 2
que de poca prudencia, arrancó este Edicto y lo rom-
pió ¹²⁸, al tiempo que decía entre burlas que se trataba
de victorias sobre godos y sármatas ¹²⁹. Al punto fue 3
detenido y no sólo torturado, sino cocido lentamente,
como mandan los cánones, lo que soportó con admi-
rable paciencia, y por último fue quemado ¹³⁰.

14

*Maquinaciones
de Galerio para
agravar las medidas
persecutorias*

2

Pero el César, no satisfecho con las disposiciones del Edicto, se dispone ejercer otra presión sobre Diocleciano. A fin de empujarle a aceptar su proyecto de

una persecución sangrienta, puso fuego al palacio imperial por medio de agentes secretos ¹³¹. Al incendiarse una parte de éste, los cristianos comenzaron a ser acusados como enemigos públicos ¹³² y, al tiempo que ardía el palacio, se encendió un enorme odio contra el nombre cristiano ¹³³: se decía que, en connivencia con los eunucos ¹³⁴, habían tramado eliminar a los prín-

cipes y que ambos emperadores habían estado a punto de perecer abrasados vivos en su propia casa. Por su parte, Diocleciano, que quería pasar siempre por astuto e inteligente, no pudo sospechar nada y, sin más, encendido de cólera, comenzó a someter a tortura a todo el personal de palacio¹³⁵. Él, en persona, presidía las sesiones y sometía a la prueba del fuego a personas que eran inocentes. Igualmente, todos los altos magistrados y todos los funcionarios, en fin, que estaban en palacio recibieron licencia para torturar. Competían en ver quién era el primero en descubrir algo. Mas no se lograba averiguar nada, pues nadie sometía a tortura a los miembros de la familia del César¹³⁶. Éste, con su presencia, presionaba para que la cólera del irreflexivo anciano no amainase. Quince días después se produjo de nuevo otro incendio. Pero, aunque fue advertido con mayor celeridad que el anterior, tampoco se descubrió al autor. Entonces el César, pese a que era pleno invierno, preparó su marcha y partió ese mismo día alegando que huía para no perecer abrasado vivo¹³⁷.

*Endurecimiento
de la persecución.*

*Actitud de los
restantes emperadores*

Así pues, el Emperador estaba furioso no sólo con los servidores de palacio¹³⁸, sino también con todo el mundo. Y, antes que a nadie, obligó a su hija Valeria y a

su esposa Prisca¹³⁹ a que se mancillasen ofreciendo sacrificios. Fueron muertos eunucos hasta entonces muy influyentes, de los que dependían el sostenimiento del palacio y del Emperador mismo¹⁴⁰. Fueron detenidos también presbíteros y ministros del culto¹⁴¹ que-

nes, tras ser condenados sin prueba ninguna y sin haber confesado¹⁴², eran llevados a la muerte acompañados de todos los suyos. Personas de todo sexo y 3 edad eran arrojadas al fuego y el número era tan elevado que tenían que ser colocados en medio de la hoguera, no de uno en uno, sino en grupos. Los servidores de palacio eran sumergidos en el mar con ruedas de molino atadas al cuello¹⁴³. La persecución no 4 se aplicó con menor violencia sobre el resto de la población, pues eran enviados a todos los templos magistrados que obligaban a todo el mundo a ofrecer sacrificios¹⁴⁴. Las cárceles estaban llenas; se ideaban 5 sistemas de tortura desconocidos hasta entonces y, a fin de que nadie fuese juzgado sin pruebas, eran colocados altares en las salas de audiencia y delante de los tribunales para que los litigantes ofreciesen sacrificios

antes de defender sus causas: se presentaba, pues, uno ante los jueces como si fuese ante los dioses.

- 6 Se habían enviado también cartas a Maximiano y a Constancio para que actuasen del mismo modo; ni siquiera se solicitó su parecer en asunto tan importante¹⁴⁵. Ciertamente, el anciano Maximiano, persona que no se caracterizaba por su clemencia, obedeció de buen grado en Italia¹⁴⁶. En cuanto a Constancio, para que no pareciese que desaprobaba las órdenes de sus superiores, se limitó a permitir que fuesen destruidos los lugares de reunión, es decir, las paredes que podían ser reconstruidas, pero conservó intacto el verdadero templo de Dios que se encuentra dentro de las personas¹⁴⁷.

16

*Donato, víctima
de las persecuciones*

Así pues, toda la tierra era sometida a vejaciones y, a excepción de las Galias, desde el Oriente hasta el Occidente tres bestias ferocísimas ejercitaban su fiera-

- 2 za. *No, ni que yo tuviera lenguas ciento, y bocas ciento y férrea voz, no podría expresar todas las formas de la*

maldad ni puntualizar todos los nombres de las penas ¹⁴⁸ que los jueces impusieron a justos e inocentes a lo largo y ancho de todas las provincias.

Mas ¿para qué narrarte estas cosas, sobre todo a 3
ti, Donato carísimo, que has experimentado personal-
mente mejor que nadie la tormenta de esta turbulenta
persecución ¹⁴⁹? Pues diste a todos muestra de una in- 4
domable fortaleza cuando caíste, primero en las ma-
nos del prefecto Flaccino ¹⁵⁰, homicida sin escrúpulos.

- después en las de Hierocles, que de Vicario pasó a Gobernador y fue instigador y consejero de la persecución ¹⁵¹ y, por último, en las de Prisciliano, su sucesor ¹⁵². Sometido nueve veces a torturas y suplicios de todo tipo, nueve veces resultaste vencedor sobre tu adversario con tu glorioso testimonio; en nueve batallas venciste al diablo y a sus satélites, nueve victorias alcanzaste a costa del mundo y sus terrores.
- 6 ¡Qué hermoso el espectáculo que proporcionaste a Dios cuando te vio vencedor enganchando a tu carro no caballos blancos o elefantes gigantescos, sino a los mismos que antes habían celebrado el triunfo! ¹⁵³.
- 7 Éste es el triunfo verdadero: cuando los vencedores resultan vencidos ¹⁵⁴. En efecto, fueron vencidos y

reducidos por tu virtud, puesto que, despreciando las órdenes nefastas, resististe con fe inmutable y fortaleza de ánimo a todos los instrumentos de terror utilizados por el poder tiránico. Nada pudieron contra 8 ti los látigos, los garfios, el fuego, el hierro, ni los variados medios de tortura. Ninguna fuerza fue capaz de arrebatarte la fe y la devoción. En esto consiste 9 ser discípulo de Dios, esto es ser soldado de Cristo; no poder ser tomado por ningún enemigo, no poder ser arrebatado de la fortaleza celeste por lobo alguno; no caer en ningún engaño, no ceder a ningún dolor, no doblarse a ningún sufrimiento. Finalmente, tras 10 aquellas nueve gloriosísimas batallas en que el diablo resultó vencido, éste no se atrevió a enfrentarse más veces contigo, después de haber experimentado en tantos combates que no podía vencerte. Y como ya te 11 estaba reservada la corona del vencedor, desistió de nuevas provocaciones para impedirte que la recibieras. Aunque no la hayas recibido aún, ciertamente te está reservada intacta en el reino del Señor en recompensa a tus méritos y virtudes. Mas volvamos a la narración de los hechos.

<i>Estancia de Diocleciano en Roma y posterior enfermedad que le pone al borde de la muerte</i>	Después de haber perpetrado 17 este crimen, Diocleciano, a quien la felicidad ¹⁵⁵ le había vuelto ya la espalda, se dirigió de inmedia- to a Roma para celebrar allí sus Vicennales que iban a ser el 20 de noviembre ¹⁵⁶ . Una 2
---	--

vez celebradas éstas, al no poder soportar la libertad de palabra del pueblo romano, incapaz de dominarse y con el ánimo abatido, abandonó la ciudad en vísperas del primero de enero, fecha en la que se le debía 3 conferir su noveno consulado¹⁵⁷. No pudo aguantar trece días más, con lo que hubiera iniciado el consulado en Roma y no en Rávena. Además, como inició la marcha en lo más crudo del invierno, se vio afectado por el frío y las lluvias, por lo que contrajo una enfermedad leve, aunque crónica, y hubo de hacer gran parte del trayecto, en medio de grandes achaques, 4 transportado en litera. Después de pasar de este modo

todo el verano ¹⁵⁸, llegó a Nicomedia, tras dar un rodeo siguiendo la ribera del Danubio ¹⁵⁹, al tiempo que la enfermedad se iba agravando. Pese a que era consciente de ello, quiso que lo llevaran hasta la ciudad con el fin de poder inaugurar, en el primer aniversario de las Vicennales, el circo que había construido. Posteriormente enfermó hasta tal punto, que se debieron elevar preces por su salud a todos los dioses ¹⁶⁰. Por último, hacia el 15 de diciembre, en palacio todo fueron llantos, tristeza y lágrimas de los funcionarios; se expandió por toda la ciudad el temor y el silencio. Se le consideraba ya, no sólo muerto, sino incluso enterrado, cuando de súbito, al día siguiente, de madrugada, corre el rumor de que vivía aún y los rostros de la servidumbre y de los funcionarios se inundan de alegría. No faltaron quienes sospechaban que se ocultaba su muerte para dar tiempo a que llegase el César, con la finalidad de evitar una revuelta de los soldados ¹⁶¹. Esta sospecha alcanzó tal arraigo, que nadie creía que estaba aún con vida, hasta que el primero

de marzo apareció en público, pero con un aspecto apenas reconocible, como consecuencia de haber pasado casi todo un año enfermo. Esta persona, que el 15 de diciembre había dormido el sueño de la muerte, había recuperado la vida, pero no del todo. Adquirió un trastorno mental que hacía que en ciertos momentos delirase, mientras que en otros recuperaba el juicio ¹⁶².

18 *Galerio obliga a Diocleciano a abdicar. Elección de nuevos Césares*

Transcurridos algunos días, llegó el César, no con la intención de felicitar a su padre, sino para forzarle a cederle el poder. Poco antes había chocado ya con el viejo Maximiano y le había atemorizado con la amenaza de una guerra civil ¹⁶³.

2 Así pues, comenzó a presionar a Diocleciano, primero con un tono suave y amistoso, haciéndole ver que ya era anciano, que su salud era débil y su capacidad para administrar el Estado escasa; que debía descansar tras tantos trabajos. Al mismo tiempo, le recordaba el ejemplo de Nerva, quien había entregado el poder a Trajano ¹⁶⁴. Diocleciano, por su parte, aducía

que no parecía digno que se sumiese en las tinieblas de una vida humilde desde el esplendor de un encumbramiento tan elevado y que su seguridad sería menor, dado que durante un reinado tan largo se había atraído los odios de muchas personas¹⁶⁵. Respecto a Nerva, ⁴ argüía que había dejado el timón del Estado y había vuelto a la vida privada en la que, por otro lado, había alcanzado la vejez, tras haber reinado durante sólo un año y al no poder soportar, por su edad o por su inexperiencia, el peso y el cuidado de tan importantes asuntos¹⁶⁶. Mas, si lo que deseaba alcanzar era el título de

Emperador, no había ningún obstáculo para que todos fuesen nombrados Augustos ¹⁶⁷.

- 5 Pero él, que ya había concebido la esperanza de verse en posesión de todo el orbe, al constatar que se ponía a su alcance sólo el título de Emperador o poco más, respondió que debía ser mantenido por siempre el sistema que él mismo (Diocleciano) había establecido, a saber: que hubiese en el Estado dos personas, con mayor autoridad, que fuesen los que detentasen el poder supremo y otras dos, de menor autoridad, que fuesen sus colaboradores ¹⁶⁸; entre dos se podía mantener fácilmente la concordia ¹⁶⁹, entre cuatro de igual
- 6 rango, en modo alguno. Caso de que se negase a abdicar, él tomaría medidas para no permanecer por más tiempo siendo el de menor autoridad y el último en rango ¹⁷⁰. Ya habían transcurrido, añadía, quince

años desde que, relegado en el Ilírico, es decir, en las riberas del Danubio, luchaba contra pueblos bárbaros, mientras otros ejercían plácidamente el mando en territorios más extensos y más tranquilos ¹⁷¹.

Al escuchar estos argumentos, aquel viejo enfermo que, por otra parte, había recibido ya una carta del anciano Maximiano en que le confirmaba lo mismo que él había escuchado y que se había enterado, además, de que Galerio estaba aumentando su ejército ¹⁷², dijo entre lágrimas: «Hágase así, si así te place.»

Faltaba ya sólo que los Césares fuesen escogidos de acuerdo con el común consentimiento de todos.

GALERIO. — *¿Para qué hace falta acuerdo, siendo así que es necesario que aquéllos den su asentimiento a lo que nosotros hagamos?* ¹⁷³.

DIOCLECIANO. — *Sea así, pues se debe designar a sus hijos* ¹⁷⁴.

- 9 Maximiano tenía un hijo, Majencio, yerno del mismo Galerio ¹⁷⁵. Tenía una mente malvada y perversa y era tan soberbio y terco, que no acostumbraba a rendir culto ni a su padre ni a su suegro, por lo que ambos le odiaban ¹⁷⁶. Constancio tenía también un hijo, Constantino ¹⁷⁷, joven santísimo ¹⁷⁸ y totalmente digno de este alto cargo, a quien, por su distinguida y digna prestación física, por su genio militar, por su integridad de costumbres y su extraordinaria afabilidad, los soldados le amaban y los simples particulares le deseaban como emperador ¹⁷⁹. A la sazón, se encontraba presente

en palacio, pues tiempo antes Diocleciano le había nombrado tribuno de primer orden ¹⁸⁰.

D. — *¿Qué hacer pues?*

11

G. — *Aquél (Majencio), respondió, no es digno, pues, quien siendo una simple persona privada se ha atrevido a despreciarme, ¿qué no hará cuando reciba el poder?*

D. — *Pero Constantino es en verdad estimado y cuando sea emperador será juzgado como mejor y más clemente aún que su padre.*

G. — *Entonces resultará que yo no pueda hacer lo que quiera. Conviene elegir personas que permanezcan bajo mi dependencia, que me teman, que no hagan nada sin que yo se lo ordene ¹⁸¹.*

D. — *¿A quién nombraremos entonces?*

12

G. — *A Severo, respondió ¹⁸².*

D. — *¿A ese bailarín turbulento, borracho, que de la noche hace el día y del día la noche? ¹⁸³.*

G. — *Es digno del cargo, respondió, puesto que ha cumplido fielmente al frente del ejército y lo he enviado a Maximiano para que sea investido por él*¹⁸⁴.

13 D. — *De acuerdo. ¿Y quién es el otro que me das?*

G. — *Este, dijo, mostrando a Daya*¹⁸⁵, un joven semibárbaro¹⁸⁶, a quien recientemente había ordenado cambiar su nombre originario por el suyo propio de Maximiano, pues también a él Diocleciano le había cambiado el nombre en parte, movido por un presagio a causa de la fidelidad que Maximiano con gran veneración le mostraba¹⁸⁷.

14 D. — *¿Y quién es esta persona que me propones?*

G. — *Un pariente mío, respondió*¹⁸⁸.

D. — *Entonces Diocleciano entre lamentos, no me das hombres idóneos, respondió, a quienes pueda confiarse la tutela del Estado.*

G. — *Los he puesto a prueba ya, respondió.*

15 D. — *Tú verás; tú eres quien ha de hacerse cargo del gobierno del Imperio*¹⁸⁹. *Yo he trabajado ya bas-*

tante y tomé las medidas para que el Estado se conservase incólume durante mi reinado. Si sobreviene alguna adversidad, la culpa no será mía.

*Proclamación
de Maximino Daya
como César*

Se tomaron estas decisiones y **19**
fueron llevadas a la práctica el
primero de mayo ¹⁹⁰. Todos tenían
los ojos puestos en Constantino;
no había ninguna duda al respec-
to ¹⁹¹. Todos los soldados que se hallaban presentes y
los oficiales elegidos para representar a las legiones
estaban pendientes únicamente de él, deseaban su
nombramiento y hacían votos por él ¹⁹².

En las afueras de la ciudad, a casi tres millas de **2**
distancia, había un lugar elevado en cuya cima el
mismo Galerio había tomado la púrpura y se había
erigido allí una columna conmemorativa con una es-
tatua de Júpiter. Se dirigen allí todos ¹⁹³. Se convoca **3**
una asamblea militar ¹⁹⁴. Toma la palabra en primer

lugar el anciano, con lágrimas en los ojos, y se dirige a los soldados diciéndoles que él se encontraba ya enfermo, que deseaba descansar después de tantos trabajos, que entregaba el poder a personas más enteras y que iba a nombrar nuevos Césares ¹⁹⁵. ¡Gran expectación general por saber la decisión! Entonces, de repente, proclama Césares a Severo y Maximino Daya. Quedan todos estupefactos. En lo alto de la tribuna se encontraba Constantino. Comenzaban a dudar si acaso a Constantino se le hubiese cambiado de nombre ¹⁹⁶ cuando, a la vista de todos, Galerio, extendiendo su mano hacia atrás, rechazó a Constantino y sacó a primera fila a Daya, a quien colocó en medio, tras despojarlo de su vestimenta de hombre privado. Todos comenzaron a preguntarse extrañados quién era y de dónde provenía ¹⁹⁷. Sin embargo, nadie se atrevió a protestar, al quedar todos estupefactos por lo inesperado de la elección ¹⁹⁸. Diocleciano se despojó de su propia púrpura y revistió a Daya con ella, con lo que él se convirtió de nuevo en Diocles ¹⁹⁹. Se inicia en-

tonces el descenso y el viejo rey, llevado en un simple carruaje, es transportado a través de la ciudad hasta las puertas y enviado a su patria²⁰⁰. Daya, por el contrario, recientemente arrancado de los bosques y los rebaños²⁰¹, inmediatamente soldado de la guardia, en seguida guardia de corps, poco después tribuno y al día siguiente César²⁰², recibió el Oriente para pisotearlo y arruinarlo con sus pies²⁰³, como era de esperar de

quien, desconociendo el arte militar y el de gobernar, pasó de pastor de ganado a pastor de soldados ²⁰⁴.

20

*Proyectos de Galerio
para el futuro
del Imperio*

Galerio logró lo que quería con la eliminación de los dos ancianos: se consideraba ya el único dueño del mundo. A Constancio, aunque le correspondía la preemi-

nencia, lo despreciaba porque tenía un carácter benigno y su salud era mala ²⁰⁵. Esperaba, en consecuencia, que muriese en breve y, si así no fuese, confiaba en deponerlo fácilmente por la fuerza. Pues ¿qué salida le quedaba en caso de que los tres restantes le obligasen a dejar el poder? Tenía Galerio un amigo, antiguo compañero de tienda e íntimo suyo desde el inicio de su carrera militar, Licinio ²⁰⁶, a cuyos consejos recurría en cualquier asunto. Con todo, no había querido hacerlo César para no tener que darle el califica-

2

3

tivo de hijo suyo, con el fin de poderlo nombrar después Augusto y hermano en sustitución de Constancio²⁰⁷. De este modo podría él en persona ejercer 4 la primacía y, tras haber actuado con desenfreno y a su libre arbitrio por todo el orbe, le sería posible celebrar después las Vicennales. En ese momento abandonarían el poder y su César sería sustituido por su propio hijo que entonces tenía nueve años²⁰⁸. De este modo, con Licinio y Severo en la cumbre del poder, y Maximino Daya y Candidiano en segundo plano como Césares, podría pasar una vejez segura y tranquila protegido por una especie de muralla inexpugnable²⁰⁹.

Éstos eran sus planes. Pero Dios, cuya ira se había 5 atraído, desbarató todos sus designios.

Así pues, una vez alcanzado 21 el poder supremo, puso toda su voluntad en atormentar el orbe entero que él mismo había logrado poner en sus manos²¹⁰. En 2 efecto, después de someter a los persas, para quienes

*Mal gobierno
y crueldad de Galerio
una vez Augusto*

es norma y costumbre que los súbditos se entreguen al servicio de los reyes como esclavos y que los reyes se sirvan de su pueblo como si se tratase de los esclavos de su propia casa, este hombre nefasto quiso introducir en el mundo romano esta misma costumbre, que públicamente pregonaba desde que consiguió aquellas victorias sobre ellos. No podía instituirlo abiertamente, pero sus actos estaban orientados a privar de la libertad a todos los hombres ²¹¹.

En primer lugar suprimió todos los privilegios inherentes a los honores ²¹². Eran sometidos a tortura no

sólo los curiales, sino también los magistrados principales de cada ciudad, los egregios y perfectísimos, y eso, incluso en los juicios de menor importancia y de carácter civil ²¹³. Si eran condenados a muerte, se recurría

4 a la cruz; si a una pena menor, a los grilletes²¹⁴. Madres de familia de origen libre y pertenecientes a la nobleza eran condenadas a trabajos forzosos en las factorías estatales²¹⁵. Para las penas de flagelación se tenían dispuestos cuatro postes hincados en el suelo, en los cuales no se había acostumbrado a atar antes ni siquiera a ningún esclavo²¹⁶.

5 ¿Para qué hablar de su anfiteatro privado²¹⁷ y de sus restantes diversiones? Tenía un grupo de osos, que

por su fiereza y tamaño se parecían mucho a él, a los que había ido seleccionando durante el tiempo que llevaba en el poder. Cuando tenía ganas de distraerse hacía que le trajesen uno concreto designándolo por su nombre ²¹⁸. Se le arrojaban personas no ya para ⁶ que las devorase, sino para que las fuese triturando lentamente y a medida que los miembros del cuerpo iban desapareciendo reía con gran satisfacción. Necesitaba siempre sangre humana antes de la última comida ²¹⁹.

La pena para los que no eran nobles ²²⁰ consistía ⁷ en el fuego ²²¹. Este suplicio lo había establecido por vez primera ²²² para los cristianos, dando normas para que los condenados, tras haber sufrido la tortura, se fuesen consumiendo en fuego lento ²²³. Una vez atados, ⁸ se les ponía debajo de los pies una llama suave hasta que la carne de las plantas se separaba de los huesos por la acción del fuego. A continuación se aplicaban ⁹

funcionarios de palacio se les liquidaba con un golpe de lanza. La decapitación con la espada en los casos de pena de muerte²²⁸ era un beneficio que se concedía a muy pocas personas, sólo a aquellas que se ganaban, como recompensa a los méritos contraídos, una buena muerte²²⁹.

Pero estos males fueron poca cosa en comparación 4
con estos otros: la elocuencia quedó extinguida, los
abogados²³⁰ desaparecieron, los juriconsultos²³¹ fueron
desterrados o asesinados, la actividad literaria fue re-
legada entre las malas artes y los que la ejercían fue-
ron aniquilados y execrados como si se tratase de ene-
migos públicos. Al suprimir las leyes, se concedió vía 5
libre a la arbitrariedad de los jueces en todos los
asuntos. Se envió a las provincias jueces militares²³²
ignorantes de todo tipo de cultura y que, además, no
disponían de asesores²³³.

*Política fiscal
de Galerio*

Pero lo que en verdad provocó una auténtica catástrofe pública y un duelo general fue el censo²³⁴ que se impuso a todas las provincias y ciudades. Se enviaron a todas partes inspectores²³⁵ que todo lo removían provocando una especie de estado de guerra y de cautividad 2 insufribles²³⁶. Los campos eran medidos terrón a te-

rrón, las vides y los árboles contados uno a uno, se registraban los animales de todo tipo, se anotaba el número de personas ²³⁷; se reunía en las ciudades a toda la población rústica y urbana, las plazas, todas, rebo-
saban de familias amontonadas como rebaños, cada uno acudía con sus hijos y sus esclavos ²³⁸. Resonaban los látigos y demás instrumentos de tortura. Los hijos

- eran colgados para que testificasen contra los padres, los esclavos más fieles eran torturados para hacerlo contra sus dueños y las esposas contra los maridos.
- 3 Si todo esto no daba resultado, eran torturados para que testificasen contra sí y, cuando cedían al dolor, se les incluían en el registro los bienes que no poseían.
 - 4 No había exención ni para la edad, ni para la salud. Se incluía a los enfermos e incapacitados, se calculaba la edad de cada uno, a los niños se les añadían años y a los viejos se les quitaban. El llanto y la tristeza se advertían por doquier ²³⁹. Osó hacer, en contra de los propios romanos y los que a ellos se encontraban sometidos, lo que antes, en virtud del derecho de guerra, habían hecho nuestros mayores con los pueblos sometidos. Y ello, por la única razón de que sus antepasados habían sido sometidos al censo que Trajano, tras su victoria, impuso a los dacios como castigo por sus continuas revueltas ²⁴⁰.

El resultado de estas medidas fue que había que 6
pagar por la propia cabeza y por la propia vida²⁴¹. Sin
embargo, no se tenía confianza en los mismos inspec-
tores²⁴², por lo que, tras unos, se enviaban otros en
la esperanza de que localizasen nuevos recursos impo-
nibles; y para que no diese la impresión de que su mi-
sión había resultado vana, duplicaban sistemáticamente
las tasas a su libre antojo, aunque no encontrasen
nada nuevo.

Entretanto disminuía el número de animales y los 7
hombres morían, mas no se dejaba de pagar impues-
tos por los muertos: ni vivir, ni morir gratis²⁴³ era posi-

ble ya. Quedaban sólo los mendigos de los que nada se podía reclamar: la indigencia y la desgracia los protegía de cualquier atropello²⁴⁴. Al menos, este hombre misericordioso se compadeció de ellos, de suerte que no les faltase nada: mandó reunirlos a todos, embarcarlos y arrojarlos al mar²⁴⁵. ¡Qué humanitarismo el de este hombre que procuró que durante su reinado no hubiese ningún pobre²⁴⁶! De este modo, al tomar medidas para que nadie eludiese el censo simulando ser un mendigo, asesinó contra todo derecho a una muchedumbre de auténticos mendigos.

24 *Huida de Constantino de la Corte de Galerio a la de su padre* Entretanto, se acercaba el juicio de Dios sobre él, y el período siguiente significó el inicio de su decadencia y de su ruina. Aún no había podido volcar su atención en eliminar o bien expulsar del poder a Constancio, ocupado como estaba en los asuntos que acabo de exponer. Además, esperaba la muerte de éste, pero no creía que fuese a sobrevenir tan pronto²⁴⁷.

2 *Constancio. Muerte de éste y proclamación de Constantino*

Constancio, gravemente enfermo, le había escrito 3 para que le enviase a su hijo Constantino, a quien ya había reclamado anteriormente sin éxito²⁴⁸. Pero nada 4 estaba más lejos de sus intenciones. En efecto, en repetidas ocasiones había intentado acabar con el joven mediante diversos ardides, porque no se atrevía a actuar abiertamente por miedo a provocar una guerra civil y, lo que más temía, atraerse el odio de los soldados²⁴⁹. So pretexto de realizar ejercicios y juegos, lo había expuesto a las fieras; pero en vano, pues la 5 mano de Dios lo protegía y lo libró de sus garras en el momento crítico²⁵⁰. Sucedió que, no pudiendo negarse

por más tiempo a las continuas reclamaciones, a la caída del día le dio el permiso²⁵¹ para partir, pero le ordenó que no saliese hasta el día siguiente por la mañana tras haber recibido instrucciones, bien fuese con la intención de detenerlo con cualquier pretexto, bien para poder enviar previamente una carta para que

6 lo detuviese Severo²⁵². Constantino, sospechando esto, una vez que el emperador se había retirado a descansar tras la cena, huyó a toda prisa, al tiempo que hacía matar todos los caballos de muchas de las postas²⁵³. Al día siguiente el emperador lo hizo llamar,

7 tras haber prolongado su sueño intencionadamente hasta el mediodía. Le dan la noticia de que había salido inmediatamente después de la cena. Se indigna y se pone furioso. Solicita los caballos de la posta para hacerlo volver. Se le comunica que las postas han sido desmanteladas. Apenas podía retener las lágrimas.

Entretanto Constantino, con increíble rapidez, llegó 8 hasta su padre, que estaba ya moribundo²⁵⁴, quien, tras encomendarle a los soldados, le entregó el poder²⁵⁵. De este modo alcanzó el último descanso en su propio lecho, tal como había deseado²⁵⁶. Una vez emperador²⁵⁷, Constantino Augusto lo primero que hizo fue 9 devolver a los cristianos sus cultos y su Dios. Ésta fue su primera medida de restauración de la santa religión²⁵⁸.

bían venido abajo y ya no podía, como deseaba, nombrar a otro emperador sin sobrepasar el número preestablecido ²⁶³. Pero ideó entonces nombrar Augusto a Severo, que era el de mayor edad ²⁶⁴, y hacer a Constantino no emperador, como había sido proclamado, sino César ²⁶⁵, junto con Maximino Daya, rebajándolo, de este modo, desde el segundo al cuarto puesto.

Majencio es proclamado emperador en Roma. Vuelta de Maximiano al poder y muerte de Severo

Creía recompuesta ya de algún modo la situación, cuando de repente le llegó otra noticia que lo llenó de terror: que su propio yerno, Majencio, había sido proclamado emperador en Roma ²⁶⁶.

La causa de esta sedición fue la siguiente. Cuando decidió devorar todo el orbe con la institución del censo, llegó a la locura de no eximir de esta situación de cautiverio ni siquiera al pueblo romano ²⁶⁷. Estaban ya designados inspectores ²⁶⁸ para ser enviados a Roma a inscribir en el registro a la plebe. Casi contemporáneamente había suprimido también el campamento de

los pretorianos²⁶⁹. Así pues, los escasos soldados que habían quedado en dicho campamento de Roma, en cuanto tuvieron ocasión, mataron a algunos magistrados²⁷⁰ y, en connivencia con el pueblo, que se había sublevado, revistieron con la púrpura a Majencio.

- 4 Galerio, cuando le llegó la noticia, se turbó un poco por lo inesperado del hecho, pero no se aterrorizó excesivamente²⁷¹. Odiaba a Majencio y, además, no era posible nombrar tres Césares²⁷². Bastante era haber tenido que pasar ya una vez por lo que no quería²⁷³.
- 5 Hizo venir a Severo; le exhorta a recuperar el poder y le envía con el ejército de Maximiano a Roma para derrocar a Majencio en la idea de que estos soldados, que estaban acostumbrados a vivir entre grandes placeres, desearían no sólo librar la ciudad, sino incluso quedarse a vivir allí²⁷⁴.

Majencio, consciente de la gravedad de su acción, 6 aunque sabía que podría atraerse los soldados de su padre invocando el derecho de herencia, se daba cuenta también de que podría suceder que su suegro Galerio, previendo esta misma eventualidad, dejase a Severo en el Ilírico y acudiese él mismo en persona con su propio ejército a asediarlo²⁷⁵. Por ello buscaba el modo de hacer frente al peligro que le amenazaba. Envía la púrpura a su padre, que desde su abdicación 7 al poder vivía en Campania, y le nombra Augusto por segunda vez²⁷⁶. Éste, que era por naturaleza amante de cambios, y había abdicado contra su voluntad²⁷⁷, aceptó de buen grado²⁷⁸. Severo, entretanto, sigue avan- 8 zando y se presenta con su ejército ante los muros de la ciudad de Roma. Los soldados, de improviso, desertan y, con las enseñas al frente, se pasan a aquel a quien habían venido a atacar²⁷⁹. ¿Qué otra salida le 9

queda ya a éste sino la huida? Pero se aproximaba ya Maximiano, tras recuperar el Imperio, por lo que Severo ante su avance huyó a Rávena y se hizo fuerte
10 allí con unos pocos soldados²⁸⁰. Al ver que lo que le esperaba era caer en manos de Maximiano, se entregó a él voluntariamente y, despojándose de su vestimenta de púrpura, se la devolvió al mismo de quien la había recibido. Con ello, lo único que logró fue una muerte agradable, pues fue obligado a morir plácidamente abriéndose las venas²⁸¹.

*Galerio invade
Italia. Deserción
de parte de su
ejército y retirada
devastando el
territorio*

Maximiano Hercúleo, como co- 27
necía la irascibilidad de Galerio,
comenzó a pensar que, cuando
éste se enterase de la muerte de
Severo, se encendería su cólera
y, rompiendo las hostilidades, se
presentaría con su ejército, engrosado quizá con el
de Maximino Daya, con lo que se duplicaría su fuer-
za, en cuyo caso no podría de ninguna manera hacerle
frente. Así pues, después de reforzar las defensas de
Roma y proveerla cuidadosamente de todo lo demás,
se dirige a la Galia para atraerse a su bando a Cons-
tantino ofreciéndole a su hija menor en matrimonio ²⁸².

- 2 Entretanto Galerio, tras haber reunido su ejército, invade Italia y se acerca a la capital con la intención de eliminar el Senado y masacrar su población ²⁸³. Pero se encuentra con las puertas cerradas y las murallas protegidas. No había posibilidad ninguna de tomarla de improviso y el sitiirla le resultaba difícil, pues no disponía de tropas suficientes para cercar toda la muralla: ocurría que jamás había visto Roma y creía que no sería mucho mayor que las ciudades que conocía ²⁸⁴.
- 3 Entonces algunas legiones, por aversión al crimen que suponía que el yerno atacase a su suegro y que soldados romanos luchasen contra Roma, se pasaron al bando

opuesto con sus enseñas²⁸⁵. Los restantes soldados es- 4
taban ya dudando hacer lo mismo, cuando Galerio, do-
blegado su orgullo y con el ánimo abatido, temeroso
de sufrir el mismo final que Severo, se arrojó a los
pies de sus soldados suplicándoles que no le entregasen
al enemigo. Logró, por fin, doblegar su ánimo con in-
gentes promesas y ordenó la retirada emprendiendo,
trémulo, una veloz huida en la que hubiera podido ser
aniquilado fácilmente, si alguien hubiese intentado
perseguirle con unos pocos soldados²⁸⁶. Temiendo esta 5
eventualidad, dio licencia a los soldados para que,
dispersándose lo más posible, destruyesen y sometie-
sen todo a pillaje para privar de medios de subsisten-
cia a quien intentase perseguirle. Así pues, fueron 6
devastadas las regiones de Italia donde cayó este es-
cadrón tan destructor como la peste: todo fue some-
tido a saqueo, las mujeres se vieron deshonradas, las
vírgenes violadas, los padres y los esposos torturados,

a fin de que entregasen sus hijas, sus esposas y sus bienes²⁸⁷. Como si de un país bárbaro se tratase, se hizo botín del ganado y de los animales de carga.

- 7 De este modo, el que antes era emperador romano, convertido ahora en devastador de Italia, retornó a sus territorios tras haber asolado todo, como si se
8 tratase de territorio enemigo. Y no era de extrañar, pues en otro tiempo, cuando recibió el título de emperador, se había declarado enemigo del nombre romano cuya denominación había querido cambiar, de modo que el Imperio no se llamara ya Romano, sino Dacisco²⁸⁸.

28

*Maniobra fallida de
Maximiano Hercúleo
contra su hijo
Majencio*

Tras la puesta en fuga de éste, el otro Maximiano (el Hercúleo) retornó de la Galia y ejercía el poder en común con su hijo. Sin embargo, gozaba de mayor autoridad el joven que el anciano, puesto que el hijo disfrutaba de mayor antigüedad y de mayor poder, aparte

de que era él quien había devuelto el poder a su padre²⁸⁹. El anciano no soportaba de buen grado el no poder hacer lo que quería, por lo que envidiaba a su hijo con una rivalidad pueril. Por ello, pensaba en la manera de eliminar al joven, para reivindicar sus derechos²⁹⁰, cosa que consideraba fácil porque tenía a su disposición el ejército que había desertado de Severo²⁹¹. Con este fin convocó al pueblo y a los soldados, como si se tratase de una asamblea para tratar sobre los males presentes del Estado²⁹². Tras hablar largamente de éstos, señaló con su mano a su hijo y, acusándole de ser el origen de todos los males y el causante de todas las desgracias por las que pasaba el Estado, arrancó la púrpura de sus hombros²⁹³. Éste, una vez despojado, se arrojó desde la tribuna y fue recogido por los soldados. El impío anciano se aterró al ver la ira y el clamor del ejército y fue expulsado

de la ciudad de Roma como un segundo Tarquinio el Soberbio ²⁹⁴.

29

*Conjura fallida
de Maximiano
Hercúleo contra
Constantino*

Volvió de nuevo a la Galia, donde permaneció algún tiempo ²⁹⁵, tras lo cual acudió a la Corte de Galerio, el enemigo de su hijo. El pretexto era tratar

con él la manera de recomponer el Estado, pero su verdadera intención era asesinarlo fingiendo la reconciliación, para así apoderarse del poder en el territorio de éste, ya que se había visto en todas partes privado del suyo. Se encontraba allí presente en aquellos momentos Diocles, a quien su yerno había hecho venir a fin de hacer, en su presencia, lo que antes no había hecho: proclamar emperador a Licinio en sustitución de Severo. Así se hizo en presencia de ambos. La consecuencia fue que hubo seis emperadores al mismo
2 tiempo ²⁹⁶. Al ver frustrados sus planes por estas me-
3

didat, el anciano Maximiano se dispuso a huir por ter-

cera vez²⁹⁷. Retornó a la Galia con su mente repleta de criminales maquinaciones, a saber, acabar mediante una conjura con el emperador Constantino, que era, a un tiempo, yerno suyo e hijo de su yerno²⁹⁸. Para conseguir engañarlo, depuso la púrpura regia²⁹⁹.

- El pueblo de los francos estaba entonces en guerra.
- 4 Persuade a Constantino, que nada sospechaba, para que no lleve consigo a todo el ejército, pues con unos pocos soldados podría someter a los bárbaros. Su objetivo era poder disponer él de un ejército propio y

que Constantino fuese derrotado por la escasez de tropas. El joven Constantino confió en él, en cuanto viejo 5 y experimentado, y le obedeció como a suegro que era. Salió, pues, dejando el grueso del ejército. Éste dejó transcurrir unos días y, cuando calculó que Constantino ya se encontraba en territorio bárbaro, asume de improviso la púrpura, se apodera del tesoro y, como es norma en estas circunstancias, hace generosas distribuciones de dinero. Inventa contra Constantino calumnias que pronto se volvieron contra sí mismo ³⁰⁰.

Rápidamente le fueron comunicados los hechos a 6 éste. Retorna con su ejército con extraordinaria celeridad. Maximiano se ve cogido por sorpresa sin haber terminado sus preparativos, y los soldados se pasan de nuevo a su legítimo emperador. Entretanto, aquél 7 había logrado tomar Marsella y había cerrado las puertas de la muralla ³⁰¹. El emperador se aproxima a la

ciudad y se dirige a Maximiano, que estaba en pie sobre el muro, en tonos ni duros ni hostiles; antes bien, le pregunta qué es lo que deseaba, qué echaba de menos, por qué hacía lo que era impropio de él más que de nadie³⁰². Éste, por contra, lanzaba maldiciones desde la muralla³⁰³. Entonces se abren de pronto las puertas de la ciudad a sus espaldas y se da acogida a los soldados³⁰⁴. Es llevado ante el emperador el emperador rebelde, el padre impío, el suegro pérfido³⁰⁵. Se le reprochan los crímenes que había cometido³⁰⁶, se le despoja de la púrpura y, tras increparle su conducta, se le perdona la vida³⁰⁷.

*Nueva conjura
fallida y muerte de
Maximiano Hercúleo*

De este modo, privado de la ³⁰ dignidad inherente a su condición de emperador y de suegro, no pudiendo soportar esta humillación y envalentonado porque tras la primera tentativa había quedado impune, comenzó a maquinarse de nuevo otras insidias ³⁰⁸. Llama a su ² hija Fausta y, entre súplicas y lisonjas, trata de inducirle a traicionar a su marido. Le promete casarla con otra persona de mayor rango y le pide que haga que la habitación donde duermen quede abierta y que actúe de modo que la vigilancia se relaje. Ella le promete ³ hacerlo así, pero inmediatamente se lo comunica a su esposo. Se prepara una estratagema a fin de que el crimen quede al descubierto: el emperador se hace suplantar por un despreciable eunuco para que éste muera en vez de él ³⁰⁹.

- 4 Maximiano se levanta a media noche y ve que todo está preparado para su atentado. Los guardas que había eran pocos y, además, estaban lejos. Les dice que había tenido un sueño y que quiere contárselo a su hijo. Penetra con las armas en la mano y, tras matar al espadón, comienza a dar saltos de alegría
- 5 enorgulleciéndose de lo que había hecho. De repente aparece Constantino en la parte opuesta de la habitación con un pelotón de gente armada. Es sacado de la habitación el cadáver de la víctima. El homicida, cogido «in fraganti», se queda inmóvil y mudo de estupefacción, cual si fuese *duro pedernal o un bloque de mármol de Marpesia* ³¹⁰. Se le echa en cara su sacrilego crimen ³¹¹. Por último, se le concede la facultad de elegir el tipo de muerte, *y de una alta viga cuelga el lazo de su fea muerte* ³¹².
- 6 Así fue como éste, el más grande quizá de los emperadores romanos, quien, cosa que no sucedía desde hacía mucho tiempo, había llegado a celebrar el aniversario de los veinte años de reinado revestido de una inmensa gloria, cortado y quebrado su cuello altivo, terminó su detestable vida con una muerte vergonzosa e ignominiosa ³¹³.

*Nuevos abusos
fiscales de Galerio
para recaudar fondos
con vistas a la
celebración de sus
Vicennales*

Después de esto, Dios, vengador de su religión y de su pueblo, puso sus ojos en el otro Maximiano (Galerio), responsable de la nefanda persecución, para mostrar también a costa suya el poder de su majestad ³¹⁴. Ya pensaba éste también en la celebración de sus Vicennales ³¹⁵. Y, del mismo modo que tiempo atrás había torturado a las provincias con indiciones de oro y plata, para poder hacer frente a sus compromisos, de nuevo abatió su hacha con motivo de las Vicennales ³¹⁶. ¿Quién sería capaz de narrar 3

apropiadamente las vejaciones a que sometió a toda la humanidad con esta exacción, sobre todo en lo referente a las prestaciones para la annona³¹⁷? Los soldados, yo diría más bien verdugos, de todos los negociados³¹⁸ se adherían como lapas a cada contribuyente. No se sabía qué pagar en primer lugar, pues no había conmiseración ninguna para los que no tenían nada. Había que soportar múltiples torturas, a no ser que se hiciese entrega al instante de lo que no se poseía.

4 Nadie podía respirar tranquilo rodado como se estaba de numerosos inspectores³¹⁹; en ninguna época del año se podía disfrutar del más mínimo descanso. Los mismos altos funcionarios o bien sus agentes militares se mantenían en pugna, una y otra vez, con los mis-

mos contribuyentes ³²⁰. No había ninguna era que no viese aparecer un exactor, ni ninguna vendimia sin su correspondiente inspector; a los que trabajaban no se les dejaba nada para su alimentación. Mas, aunque resulte intolerable que a uno le quiten de la boca el alimento que ha conseguido con su trabajo, se puede soportar, sin embargo, cuando se tiene la esperanza de disponer de otros bienes. Pero, ¿qué decir del ves- 5 tido de cualquier tipo, del oro, de la plata? ¿Acaso esto no se consigue con la venta de los productos de la tierra? Pero, ¿de dónde lo voy a sacar, oh tirano de- mente, si tú me privas de toda mi cosecha, si me arrebatas violentamente todo lo que mi tierra produce? ³²¹. ¿Quién hubo que no fuese despojado de sus bienes en 6 el intento de reunir todas las riquezas de que disponía

su Imperio para sufragar una conmemoración³²² que no se habría de celebrar?

32

*Insubordinación
de Maximino Daya.
Galerio se ve obligado
a reconocerle a él
y a Constantino
como Augustos*

Maximino Daya se irritó por el nombramiento de Licinio como emperador y ya no se sentía satisfecho ni con el título de César, ni con ocupar el tercer lugar³²³.

2

En consecuencia, Galerio le en-

vía emisarios una y otra vez pidiéndole que se mantenga bajo su obediencia, que respete su ordenamiento, que ceda a la edad y que preste el honor debido a

3

las canas de su cabello. Pero él acrecienta su arrogancia basándose en el derecho de antigüedad: dado que había recibido antes la púrpura, debía tener la preeminencia sobre Licinio. Desdeñó, pues, sus súplicas y sus

4

órdenes. La bestia se duele con mugidos de que, habiendo hecho César a un personaje oscuro con el objetivo de que se le mantuviese sumiso, éste, olvidándose del favor recibido, se resistía impiamente³²⁴ a sus

5

deseos y a sus súplicas³²⁵. Doblegado por su contu-

macia, suprime el título de César y se da a sí mismo y a Licinio el de Augustos y a Maximino y a Constantino el de hijos de los Augustos. Después de esto, Maximino le escribió comunicándole que, en una asamblea recientemente celebrada, el ejército le había proclamado Augusto. Recibió la noticia con tristeza y dolor, y ordenó que los cuatro recibiesen el título de emperador ³²⁶.

*Enfermedad
de Galerio*

Cuando estaba cumpliendo su décimoctavo año en el poder ³²⁷, Dios le hirió con una enfermedad incurable. Se le produce una úlcera maligna en la parte inferior

- 2 de los genitales que se va extendiendo. Los médicos cortan, limpian ³²⁸. Pero, cuando estaba ya cicatrizando, se abre de nuevo la herida y, al romperse la vena, se produce una pérdida de sangre que le pone en peligro de muerte. Sin embargo, aunque con dificultad, se corta la hemorragia. Se renueva totalmente la cura.
- 3 Por fin, logra cicatrizar. De nuevo se vuelve a abrir la herida por causa de un leve movimiento del cuerpo y pierde más sangre aún que en la primera ocasión. Su tez palidece y, al irse consumiendo sus fuerzas, se va debilitando, pero se logra cortar, por fin, el río de
- 4 sangre. La herida comienza a no responder a la medicación: la úlcera comienza a invadir las partes del cuerpo adyacentes y cuanto más se la corta, más se expande; cuanto más la curan, más crece. *Cejaron los*

maestros en el arte de curar, Quirón, Filirides y Melampo Amitaonio ³²⁹.

Se hace venir de todas partes a médicos famosos, pero la mano humana no consigue nada. Se recurre a los ídolos: se hacen súplicas a Apolo y Asclepio pidiendo la curación ³³⁰. Apolo indica el remedio, pero el mal empeora. La muerte no estaba lejos, pues se había apoderado ya de toda la parte inferior del cuerpo. Las entrañas se manifiestan al exterior putrefactas y toda la parte afectada se convierte en una podredumbre. No desisten los infelices médicos en intentar la curación del mal, aunque sin esperanzas de vencerlo ³³¹. Rechazado de la superficie por los medicamentos, penetra y afecta toda la parte interna criando gusanos. El olor se expande no sólo por el Palacio, sino también por toda la ciudad. Cosa nada extraña, ya que salían mezcladas las heces y la orina. Los gusanos lo van devorando y todo el cuerpo se le va descomponiendo entre dolores insoportables. *Eleva a los astros horrendos alaridos, cual los mugidos que da el toro herido cuando huye del altar* ³³².

Se aplicaban a la parte que supuraba carnes de animales cocidas y aún calientes, a fin de que el calor peliese a los gusanos. Una vez eliminados éstos, se

reproducían de nuevo, en número mayor que antes, en forma de enjambre innumerable, al ser engendrados por la fecundidad que proporcionaba la descomposición de las entrañas putrefactas³³³. La infección, al extenderse por las distintas partes del cuerpo, las hacía irreconocibles. Toda la parte superior del cuerpo hasta la úlcera se había secado, pues la piel, de una lividez que daba pena, se acumulaba en arrugas en los espacios comprendidos entre los huesos; por el contrario, en la parte inferior estaba hinchada a modo de odres, hasta el punto de que la forma de los pies resultaba irreconocible.

11 Esta situación se prolongó sin interrupción durante un año, hasta que finalmente, doblegado por el mal, se vio forzado a hacer confesión de Dios. En los intervalos entre uno y otro ataque de dolor declara su intención de restituir el templo de Dios y reparar convenientemente su crimen³³⁴. Ya en trance de muerte publicó un Edicto en estos términos³³⁵:

*Texto del
Edicto de Tolerancia
de Galerio*

«Entre las restantes disposiciones que hemos tomado mirando siempre por el bien y el interés del Estado, Nos hemos procurado, con el intento de amoldar todo a las leyes tradicionales y a las normas de los romanos, que también los cristianos que habían abandonado la religión de sus padres retornasen a los buenos propósitos³³⁶. En efecto, por motivos que desco- 2

nocemos se habían apoderado de ellos una contumacia y una insensatez tales ³³⁷, que ya no seguían las costumbres de los antiguos, costumbres que quizá sus mismos antepasados habían establecido por vez primera ³³⁸, sino que se dictaban a sí mismos, de acuerdo únicamente con su libre arbitrio y sus propios deseos, las leyes que debían observar y se atraían a gentes de

3 todo tipo y de los más diversos lugares. Tras emanar nosotros la disposición de que volviesen a las creencias de los antiguos, muchos accedieron por las ame-

4 nazas, otros muchos por las torturas. Mas, como muchos han perseverado en su propósito y hemos constatado que ni prestan a los dioses el culto y la veneración debidos, ni pueden honrar tampoco al Dios de los cristianos ³³⁹, en virtud de nuestra benevolísima clemencia y de nuestra habitual costumbre de conceder a todos el perdón, hemos creído oportuno extenderles también a ellos nuestra muy manifiesta indulgencia, de modo que puedan nuevamente ser cristianos y puedan reconstruir sus lugares de culto ³⁴⁰, con

la condición de que no hagan nada contrario al orden establecido³⁴¹. Mediante otra circular indicaremos a los gobernadores la conducta a seguir³⁴². Así pues, en correspondencia a nuestra indulgencia, deberán orar a su Dios por nuestra salud, por la del Estado y por la suya propia, a fin de que el Estado permanezca incólume en todo su territorio y ellos puedan vivir seguros en sus hogares»³⁴³.

*Publicación
del Edicto y muerte
de Galerio*

Este Edicto es hecho público³⁵ en Nicomedia el 30 de abril, siendo cónsules él por octava y Maximino Daya por segunda vez. Entonces se abrieron las prisiones,

oh Donato carísimo, y tú, con otros confesores, alcanzaste la libertad, tras haber constituido la cárcel tu morada durante seis años³⁴⁴. Sin embargo, no por esto alcanzó de Dios el perdón de su crimen, sino que, unos pocos días después, tras haber entregado y confiado a Licinio su esposa y su hijo³⁴⁵, cuando ya los

miembros de todo su cuerpo se descomponían, murió
4 consumido por la horrenda putrefacción³⁴⁶. El hecho
fue conocido en Nicomedia a mediados del mismo mes
de mayo³⁴⁷, siendo así que sus Vicennales debían cele-
brarse el primero de marzo del año siguiente.

36

*Tratado de paz
entre Licinio
y Maximino Daya.
Este reanuda la
persecución contra
los cristianos*

Maximino, al recibir la noticia, organizó postas a lo largo del itinerario desde Oriente y acudió a toda prisa con el fin de ocupar las provincias y, ganando la acción a Licinio, reivindicar para sí todo el territorio hasta el estrecho del Bósforo³⁴⁸. En cuanto llegó a Bitinia, suprimió el censo, en medio de la mayor alegría general, con el fin de atraerse de momento el favor de la provincia³⁴⁹.

Entre ambos emperadores surgió la discordia y 2
casi se llegó a la guerra. Cada uno dominaba armado
una de las partes de la costa, pero, al fin, se establece
entre ambos la paz y la amistad mediante determi-
nadas cláusulas. En medio del estrecho se firma el
acuerdo y se dan la mano ³⁵⁰.

Maximino se retiró tranquilo y comenzó a mostrar- 3
se tal como se había mostrado antes en Siria y en
Egipto ³⁵¹. Su primera medida fue suprimir el indulto
a los cristianos que había sido concedido por el de-
creto común ³⁵², tras haber amañado, con el fin de apa-
rentar que hacía, coaccionado y a la fuerza, aquello
que deseaba hacer espontáneamente, legaciones de

ciudades que solicitaban que no se permitiese a los cristianos reconstruir sus lugares de culto dentro de sus ciudades³⁵³.

- 4 Así pues, accediendo a estas peticiones, estableció una nueva costumbre, consistente en la instauración de un sacerdote supremo en cada una de las ciudades, elegido entre los notables de éstas. Su misión debía consistir en ofrecer diariamente sacrificios a todos los dioses de la ciudad y procurar, con el apoyo de los

viejos sacerdotes, que los cristianos no pudiesen edificar lugares de culto ni reunirse, tanto en público como en privado ³⁵⁴. Además, podían detenerlos legalmente y obligarles a ofrecer sacrificios, o bien, entregarlos a los magistrados ³⁵⁵. Pero esto aún fue poco: ⁵ puso también al frente de cada provincia una especie de Pontífices Máximos elegidos entre las personas de más rango. Ordenó, además, que ambos tipos de sacerdotes debían aparecer en público revestidos con clámides blancas ³⁵⁶.

Además, se disponía ya a hacer en sus nuevos territorios ³⁵⁷ lo que ya antes había hecho en el Oriente. Efectivamente, so pretexto de mostrarse clemente, prohibió dar muerte a los siervos de Dios, pero ordenó que fuesen mutilados. En consecuencia, a los que ⁷ confesaban su fe se les arrancaban los ojos, se les ampu-

taban las manos, se les truncaban los pies o se les cortaban la nariz y las orejas³⁵⁸.

37

*Abusos de
Maximino Daya*

Cuando había comenzado a poner en práctica estos planes, una carta de Constantino le intimidaba³⁵⁹. Pero obró con disimulo. En efecto, aquel que casualmente caía en sus manos era arrojado al mar en secreto. Tampoco interrumpió su costumbre de ofrecer sacrificios diariamente en Palacio. Además, fue el autor de la idea de que todos los animales que debía comer fuesen muertos previamente no por los cocineros, sino inmolados por los sacerdotes en el altar. De este modo,

2

no se servía en la mesa nada que no hubiese sido previamente ofrendado y sacrificado a los dioses y rociado de vino puro, con el fin de que quienquiera que fuese invitado a su mesa se levantase de ella manchado e impuro ³⁶⁰.

En las demás cosas también se parecía a su maestro. Efectivamente, si había algo que Diocles o Galerio ³⁶¹ habían dejado intacto, éste acabó con ello, apoderándose de todo sin consideración alguna ³⁶². Los graneros privados eran cerrados, los almacenes sellados y se reclamaban las entregas fiscales con varios años de adelanto. Ello dio origen al hambre, incluso en los campos en plena producción y a una carestía desconocida hasta entonces ³⁶³. Para realizar las ofren- 3
4
5

das diarias, eran arrebatados violentamente de los campos rebaños enteros de bueyes y ovejas. De este modo corrompió a los miembros de su Palacio hasta tal punto que llegaron a despreciar los alimentos de trigo ³⁶⁴. Derrochaba sin freno, ni medida: a los miembros de la guardia personal, cuyo número era enorme, los recompensaba al licenciarlos con vestidos preciosos y monedas de oro; distribuía dinero entre los mismos soldados rasos y los reclutas y a los bárbaros de todo tipo los honraba con toda clase de larguezas ³⁶⁵.

- 6 Respecto a su política de apropiarse de los bienes de personas que aún vivían o de regalárselos a cualquiera de los suyos que le pedía algo del prójimo, no sé si habrá que agradecerle el que, al modo de ciertos ladrones humanitarios, se apoderaba de ellos sin derramar sangre ³⁶⁶.

*Concupiscencia
insaciable de
Maximino Daya*

Pero su vicio principal, y en lo ³⁸ que superó a todos sus antecesores, fue su insaciable libido ³⁶⁷. No sé que decir, sino que era ciega y desenfrenada; y así con todo, estas palabras no bastan para caracterizar la bajeza de su pasión. La magnitud del delito supera la capacidad de expresión de la palabra. Los eunucos, los ² rufianes escrutaban en todas partes. Dondequiera que había una belleza que destacase un poco, les era arrancada a sus padres o esposos. Mujeres nobles e, incluso, vírgenes se veían despojadas de sus vestidos y examinadas palmo a palmo no fuera que hubiese alguna parte de su cuerpo indigna del lecho imperial ³⁶⁸. Si alguna se resistía, se la hacía morir en el agua: parecía que mostrar pudor durante el reinado de aquel adúltero fuese un crimen de lesa majestad. Hubo quienes ³ se suicidaron al no poder soportar el sufrimiento de ver violadas a sus esposas, a quienes amaban entrañablemente por su castidad y su fidelidad ³⁶⁹. Bajo el reinado de este monstruo no existía protección alguna para el pudor, a no ser cuando una extraordinaria deformidad retraía su concupiscencia propia de

4 bárbaros³⁷⁰. Se llegó, por último, a establecer la cos-
tumbre de que nadie tomase esposa sin su consenti-
5 tase previamente en todos los himeneos³⁷¹. Entregaba
a sus esclavos, como esposas, doncellas de origen libre
tras haberlas violado. Incluso los miembros de su co-
mitiva, llevados por el ejemplo de su Príncipe, imita-
ban sus estupros violando impunemente los lechos de
sus huéspedes. ¿Quién, en efecto, les iba a castigar?
A las hijas de personas de menor rango cada uno las
tomaba según sus apetencias. Las que por su alto rango
se libraban de ser raptadas eran solicitadas a título
de favor y, como era el Emperador quien apoyaba la
petición, no había posibilidad de oponerse. En conse-
cuencia, no había más alternativa que la muerte o tener
6 a algún bárbaro por yerno³⁷². Efectivamente, no había
en su comitiva casi ninguno que no procediese de
aquellos pueblos que, expulsados de su tierra por los
godos en tiempos de las Vicennales, se habían entre-
gado a Galerio para convertirse en la perdición del
género humano³⁷³. El resultado fue que quienes huye-

ron para no caer en la servidumbre de los bárbaros pasaron a ser los amos de los romanos ³⁷⁴. Rodeado de estos esbirros y guardias de corps, convirtió a todo el Oriente en juguete suyo.

*Maximino Daya
intenta inútilmente
seducir a Valeria,
viuda de Galerio*

Por último, y dado que su concupiscencia se regía por la ley de considerar lícito todo lo que apetecía, ni siquiera pudo abstenerse de respetar a la Augusta, a quien recientemente había concedido el título de madre ³⁷⁵. Valeria había acudido a él, tras la muerte de Galerio, en la idea de que se sentiría, en el territorio que estaba bajo su poder, tanto más segura, cuanto que él estaba ya casado. Pero en seguida se encendió la concupiscencia de esta malvada bestia. La mujer vestía aún de negro, pues todavía no había terminado el período de luto. La envía legados solicitándola en matrimonio, con la promesa de repudiar a su esposa si ella accede ³⁷⁶.

4 Ésta, con toda franqueza, le dio la única respuesta que podía darle. En primer lugar, que no podía hablar de matrimonio llevando aquellas prendas de luto y estando aún calientes las cenizas de su esposo, que era, a su vez, padre de él ³⁷⁷; en segundo lugar, que obraba con impiedad al repudiar a su fiel esposa ³⁷⁸, lo que era una prueba de que haría también lo mismo con ella; por último, que era un sacrilegio, en contra de la costumbre y sin precedentes el que una mujer de su rango y posición tomase un segundo marido ³⁷⁹. Se le comunica lo que había osado responder. Su concupiscencia se convierte en cólera y furor. Al punto decreta la proscripción de esta mujer, se apodera de sus bienes, le retira su comitiva, hace morir entre tormentos a sus

eunucos y la manda al destierro acompañada de su madre. Mas no la envía a un lugar fijo, sino que se toma el escarnio de obligarla a vagar de un lugar a otro, al tiempo que, so pretexto de adulterio, condena a muerte a sus amigas ³⁸⁰.

*Maximino hace
ejecutar a dos
matronas romanas
amigas de Valeria*

Había una mujer del rango de **40**
los «clarísimos» ³⁸¹, que tenía ya
nietos que sus hijos, jóvenes aún,
le habían dado. Valeria la quería
como a una segunda madre. Ma-
ximino concibe la sospecha de que le había dado la
negativa llevada por su consejo. En consecuencia, en-
comienda al gobernador de Bitinia ³⁸² que la haga mo-
rir de modo infamante. Hace morir también con ella **2**
a otras dos mujeres de una nobleza semejante: una
había dejado en Roma a una hija como virgen Ves-
tal ³⁸³ y, a la sazón, formaba parte del círculo de Va-
leria en secreto ³⁸⁴; la otra, esposa de un senador, no

estaba especialmente unida a la Augusta³⁸⁵. Sin embargo, se hicieron acreedoras de la muerte por su excesiva belleza física y por su honestidad.

3 Dichas mujeres se ven de improviso llevadas por la fuerza, no ante jueces, sino ante bandoleros³⁸⁶, pues no había ni siquiera un acusador³⁸⁷. Por fin, se da con un judío que estaba acusado de otras fechorías y que, con la esperanza de lograr su impunidad, declara en falso contra las inocentes³⁸⁸. El juez, persona recta y celosa de su oficio³⁸⁹, lo traslada fuera de la ciudad protegido por una escolta para que no muriese lapidado. Estos trágicos acontecimientos sucedían en Ni-

cea. El judío es sometido a tortura y declara lo que le 4
habían ordenado. Los verdugos tapan la boca de las
mujeres a puñetazos para que no hablen. Se ordena
llevar al suplicio a las inocentes. El llanto y las lamen-
taciones procedían no sólo del marido, que estaba al
lado de su benemérita esposa, sino de todos aquellos
a los que había reunido un hecho tan indignante e
inaudito. A fin de que por un tumulto popular no se 5
las liberase de las manos de los verdugos, se les puso
una escolta de jinetes, coraceros y arqueros en orden
de batalla ³⁹⁰. De este modo, rodeadas de piquetes ar-
mados, fueron llevadas al suplicio. Y si algunos ami- 6
gos, llevados de la compasión ³⁹¹, no las hubiesen ente-
rrado furtivamente, habrían quedado tendidas sin
recibir sepultura, pues toda la servidumbre ³⁹² se dio
a la fuga. Mas el falsario tampoco se benefició de la
impunidad prometida, sino que cuando estaba atado al
patíbulo desvela todo el secreto y, antes de rendir el
último suspiro, testifica ante todos los que le observa-
ban que habían sido muertas personas inocentes.

*Diocleciano
interviene inútilmente
ante Maximino
en favor de su hija
Valeria*

Por su parte, la Augusta, deportada a un lugar retirado del desierto de Siria³⁹³, logró, por medio de mensajeros secretos, informar a su padre Diocleciano³⁹⁴

2 de su desgracia. Éste manda legados a Maximino con la petición de que le envíe a su hija, pero no logra nada. Vuelve a insistir una y otra vez, mas no se la
3 envía. Por último manda como emisario a un pariente suyo, que era militar y con autoridad³⁹⁵, para que le presente la petición haciéndole recordar los beneficios que de él había recibido. También éste, tras su fracasado viaje, le hace saber la inutilidad de sus súplicas³⁹⁶.

*Últimas vicisitudes
y muerte
de Diocleciano*

Por la misma época, por orden ⁴² de Constantino, son derribadas las estatuas y borradas las pinturas que llevaban la efigie del viejo Maximiano dondequiera que estuviesen ³⁹⁷. Ahora bien, dado que los dos ancianos ³⁹⁸ habían sido representados las más de las veces conjuntamente, eran destruidas al mismo tiempo las efigies de ambos. Así pues, Diocleciano, al observar lo 2

que nunca había sucedido en vida a emperador alguno³⁹⁹, afectado por esta doble pena⁴⁰⁰, decidió que debía terminar su vida. Iba de un lugar a otro con un espíritu turbado por el dolor que le impedía dormir y comer. Todo eran suspiros y gemidos, lágrimas a cada paso, y su cuerpo se retorció tanto en el lecho como
3 en el suelo. Fue así como este emperador, colmado por la fortuna durante veinte años, relegado por Dios a la vida oscura, humillado por los ultrajes, llegó a odiar la vida y murió, finalmente, consumido por el hambre y las penas⁴⁰¹.

*Alianza entre
Maximino y Majencio
contra Constantino*

Ya sólo quedaba uno de los ⁴³ enemigos de Dios, Maximino. Expondré ahora su ruina y su muerte. Estaba celoso de Licinio, por- ² que Galerio lo había antepuesto a él ⁴⁰². Por ello, pese a que recientemente había reafirmado su amistad con él ⁴⁰³, al enterarse de que la hermana de Constantino había sido prometida en matrimonio a Licinio, pensó que este parentesco entre los dos emperadores iba dirigido contra él ⁴⁰⁴. En conse- ³ cuencia, envió secretamente emisarios a Roma en solicitud de la alianza y la amistad de Majencio ⁴⁰⁵. Al

mismo tiempo le escribió en tono amistoso. Los emisarios son recibidos favorablemente; se acuerda la amistad mutua y se colocan juntas las efigies de ambos.

4 Majencio recibe de buen grado la alianza, como si fuese un auxilio enviado por la divinidad⁴⁰⁶, pues había ya declarado la guerra a Constantino con la excusa de

5 vengar la muerte de su padre⁴⁰⁷. Esto había hecho

surgir la sospecha de que aquel funesto anciano había fingido el desacuerdo con su hijo para abrirse un camino y acabar con los otros y, una vez eliminados todos, reclamar para sí y para su hijo el poder sobre todo el Imperio⁴⁰⁸. Pero esto era falso. Su propósito era reinstalarse a sí mismo y a Diocleciano en el poder tras acabar, tanto con su hijo como con todos los demás⁴⁰⁹.

*Batalla del Puente
Milvio. Victoria de
Constantino y muerte
de Majencio*

Ya se había iniciado entre ellos la guerra civil⁴¹⁰. Majencio, aunque permanecía en Roma, pues había recibido una respuesta del oráculo en el sentido de que parecería si salía de las puertas de la ciudad, llevaba la guerra por medio de hábiles generales⁴¹¹. Majencio 2

disponía de mayor número de hombres porque había heredado de Severo el ejército de su padre y el suyo propio lo había reclutado recientemente, a base de contingentes de moros y gétulos ⁴¹².

3 Se inició la lucha, y al comienzo lograron imponerse los soldados de Majencio ⁴¹³ hasta que, posterior-

mente, Constantino, con ánimo renovado y dispuesto a todo, movió sus tropas hasta las proximidades de Roma y acampó junto al puente Milvio⁴¹⁴. Estaba 4
próxima la fecha en que Majencio conmemoraba su ascenso al poder, el 27 de octubre, y sus Quinquenales tocaban a su fin⁴¹⁵. Constantino fue advertido en sue- 5
ños⁴¹⁶ para que grabase en los escudos el signo celeste de Dios y entablase de este modo la batalla. Pone en

práctica lo que se le había ordenado y, haciendo girar la letra X con su extremidad superior curvada en círculo, graba el nombre de Cristo en los escudos⁴¹⁷.

6 El ejército, protegido con este emblema, toma las ar-

mas. El enemigo avanza sin la presencia de su emperador y cruza el puente. Los dos ejércitos chocan frente a frente y se lucha por ambos bandos con extrema violencia ⁴¹⁸; *y ni en éstos ni en aquéllos era la huida conocida* ⁴¹⁹.

En la ciudad estalla un motín y se increpa al emperador como traidor a la salvación nacional. Al aparecer en público, pues estaba dando unos juegos en el circo en conmemoración de su aniversario ⁴²⁰, el pueblo, al punto, prorrumpió, todos a una, que Constantino no podía ser vencido ⁴²¹. Afectado por estos gritos, aban- 8

dona el circo, llama a algunos senadores y ordena que sean consultados los libros Sibilinos⁴²². Se descubre en ellos que aquel día moriría el enemigo de los romanos.

9 Reanimado en la esperanza de la victoria con esta respuesta, se pone en marcha y llega al campo de batalla⁴²³. El puente se corta a sus espaldas con lo que, al verlo, se recrudece la batalla y la mano de Dios se extiende sobre las líneas de combate⁴²⁴. El ejército de

Majencio es presa del pánico; él mismo inicia la huida y corre hacia el puente, que estaba cortado, por lo que, arrastrado por la masa de los que huían, se precipita en el Tiber ⁴²⁵.

Una vez terminada esta durísima guerra, Constantino es recibido con enorme satisfacción por el Senado y el pueblo de Roma. Después se entera de la perfidia de Maximino, al caer en sus manos sus cartas y ver las efigies de ambos ⁴²⁶. El Senado concedió a Constantino, en virtud de los méritos contraídos, el título de primer

Augusto que Maximino reclamaba para sí⁴²⁷. Éste, cuando tuvo noticia de la victoria que había supuesto la liberación de la ciudad, la recibió como si el vencido
12 hubiese sido él en persona. Después, al conocer el decreto del Senado, se indignó de modo tal que le declaró públicamente su enemistad y se manifestaba, entre burlas y mofas, contra el emperador supremo⁴²⁸.

45 *Maximino rompe las hostilidades con Licinio* Constantino, en el invierno se dirigió a Milán tras haber restablecido la situación en Roma⁴²⁹. Allí se presentó también Licinio para celebrar su matrimonio⁴³⁰,

2 Maximino, tan pronto se enteró de que se encontraban ocupados en las ceremonias de la boda, sacó

su ejército de Siria durante la época más cruda del invierno y, a costa de hacer doble jornada por día, se presentó en Bitinia con su ejército debilitado. En 3 efecto, debido a las fuertes lluvias, las nieves, el barro, el frío y las fatigas, se perdieron todo tipo de animales de tiro: el lamentable espectáculo de sus cuerpos muertos a lo largo de la calzada era para los soldados una premonición de la futura guerra y de una derrota semejante ⁴³¹. Además, no se mantuvo dentro de los lími- 4

tes de su territorio, sino que cruzó inmediatamente el estrecho y se presentó con su ejército ante las puertas de Bizancio⁴³². Existía allí una guarnición militar establecida por Licinio en previsión de una contingencia de este tipo. Primero intentó atraérselos con regalos y promesas; después probó a amedrentarlos con la amenaza de sitiarnos. Pero ni las promesas, ni las
5 amenazas sirvieron de nada. Al cabo de once días, durante los cuales tuvieron tiempo de enviar al emperador emisarios y cartas, se rindieron, no llevados de la traición, sino por su inferioridad numérica⁴³³. Desde allí se dirigió a Heraclea⁴³⁴, donde se vio retenido por los mismos motivos, con lo que perdió algunos días.

6 Entretanto, Licinio, a marchas forzadas, había llegado a Adrianópolis⁴³⁵ con unos pocos efectivos. Mientras, Maximino, después de recibir la capitulación de Perinto, se demoró algún tiempo y avanzó dieciocho millas hasta el puesto más próximo; pero no pudo proseguir, porque Licinio había ocupado el siguiente, que estaba

situado otras dieciocho millas más adelante ⁴³⁶. Éste, 7
una vez reunidos los soldados que le fue posible en
las proximidades, se dirigió al encuentro de Maximino,
más con la intención de retenerle que de combatir o
alcanzar una victoria sobre él, pues mientras el otro
disponía de un ejército de setenta mil hombres arma-
dos, él apenas había logrado reunir treinta mil. La 8
causa era que sus tropas se hallaban repartidas por
diversas regiones y no dispuso de tiempo suficiente
para reunir las a todas ⁴³⁷.

*Preparativos para
la batalla y visión
de Licinio*

La proximidad de los ejércitos ⁴⁶
hacía prever que al día siguiente
se entablaría el combate. Enton- 2
ces, Maximino hizo un voto a Júpiter
en el sentido de que, si
alcanzaba la victoria, eliminaría el nombre de los cris-
tianos y lo erradicaría totalmente ⁴³⁸. Sucedió entonces 3

que, en la noche siguiente, se le apareció a Licinio, mientras descansaba, un ángel enviado por Dios⁴³⁹, quien le advirtió que se levantase inmediatamente y, en unión de todo su ejército, elevase plegarias al Dios supremo: si así lo hacía, suya sería la victoria. Tras oír estas palabras, le pareció que, mientras él se levantaba, permanecía a su lado aquel que le había avisado y le explicaba de qué modo y en qué términos debía orar. Cuando se despertó, mandó venir un notario⁴⁴⁰ y le dictó estas palabras, tal como las había oído⁴⁴¹: «Dios supremo, a ti rogamos, Dios santo, a ti rogamos: a ti encomendamos toda la justicia, a ti encomendamos nuestra salvación, a ti encomendamos nuestro Imperio. Gracias a ti vivimos, gracias a ti alcanzamos la victoria y la felicidad. Dios supremo, Dios santo, escucha nuestras plegarias. A ti extendemos nuestros brazos: escúchanos Dios santo, supremo.» Se escriben estas palabras en numerosos ejemplares que son enviados a los oficiales y tribunos, a fin de que cada uno se las haga aprender a sus soldados. Todos

elevaron su ánimo, en la creencia de que desde el cielo se les había anunciado la victoria ⁴⁴².

El emperador Licinio fijó el combate para el primero de mayo, fecha en que se cumplía el octavo año de la proclamación de Maximino ⁴⁴³, con el fin de que fuese derrotado precisamente el día de su aniversario, del mismo modo que lo había sido el otro en Roma ⁴⁴⁴. Maximino quiso adelantar la fecha y puso en orden de combate su ejército la víspera, de madrugada, con el fin de celebrar su aniversario al día siguiente como vencedor. Llega al campamento la noticia de que Maximino se ha puesto en movimiento hacia el campamento. Los soldados toman las armas y salen a su encuentro. Les separaba un terreno yermo y sin vegetación, denominado Campo Ergeno ⁴⁴⁵. Estaban ya ambos ejércitos frente a frente. Los soldados de Licinio colocan en el suelo los escudos, se quitan los yelmos, elevan las manos al cielo con los oficiales delante de ellos y recitan la plegaria precedidos por el emperador. El ejército que va a perecer escucha el murmullo de los que oran ⁴⁴⁶. Éstos, después de recitar por tres veces

8

9

10

11

la oración ⁴⁴⁷, pletóricos ya de moral ⁴⁴⁸, vuelven a colocar los yelmos en sus cabezas y toman los escudos.

12 Avanzan los emperadores para dialogar ⁴⁴⁹. No fue posible inducir a Maximino a acordar la paz, pues despreciaba a Licinio y pensaba que iba a ser abandonado por sus soldados, porque era tacaño en sus liberalidades; él, por el contrario, era generoso y había iniciado la guerra en la idea de, tras hacerse con el ejército de Licinio sin combate, dirigirse inmediatamente contra Constantino con sus efectivos doblados ⁴⁵⁰.

47 Así pues, se van acercando cada vez más; suenan las trompetas, las enseñas avanzan. Los licinianos en su ataque arrollan el enemigo. Estos, presa del terror, ni siquiera pudieron desenvainar sus espadas, ni arrojar
2 los dardos ⁴⁵¹. Maximino se pone a recorrer el campo

*Derrota y huida
de Maximino Daya*

de batalla e intenta atraerse a los soldados de Licinio, tanto con súplicas como con ofertas de recompensas. En ninguna parte se le escucha. Se produce una carga contra él y tiene que refugiarse entre los suyos. Su ejército va siendo aniquilado sin poder resistir: ¡un puñado de hombres impone el terror a un número tan elevado de legiones, a tan gran fuerza militar! ⁴⁵². Nadie ³ se acuerda de su dignidad, de su valentía, de las recompensas prometidas: daba la impresión de que se había presentado, no a librar una batalla, sino como víctimas destinadas a un sacrificio. Fue así como el Dios supremo los entregó como holocausto a sus enemigos. El suelo estaba cubierto ya por una enorme multitud de cadáveres. Maximino se da cuenta de que los hechos ⁴ se han desarrollado de manera diversa a como esperaba. Arroja la púrpura, huye disfrazado de esclavo y cruza los estrechos ⁴⁵³. En cuanto a su ejército, la mitad murió; y la otra mitad, o se rindió, o se dio a la fuga, pues la deserción de su emperador les quitó a ellos la vergüenza de desertar ⁴⁵⁴.

En cuanto a Maximino, llegó el primero de mayo, ⁵ es decir, en una noche y un día a los estrechos, y en la noche siguiente a Nicomedia, pese a que distaba 160 millas del lugar de la batalla. Aquí recogió a sus hijos

«Habiéndonos reunido felizmente en Milán tanto 2
yo, Constantino Augusto, como yo, Licinio Augusto, y
habiendo tratado sobre todo lo relativo al bienestar y
a la seguridad públicas ⁴⁶¹, juzgamos oportuno regular,
en primer lugar, entre los demás asuntos que, según
nosotros, beneficiarán a la mayoría, lo relativo a la
reverencia debida a la divinidad; a saber, conceder a
los cristianos y a todos los demás la facultad de prac-
ticar libremente la religión que cada uno desee, con
la finalidad de que todo lo que hay de divino en la
sede celestial se mostrase favorable y propicio tanto
a nosotros como a todos los que están bajo nuestra
autoridad ⁴⁶². Así pues, con criterio sano y recto, hemos 3
creído oportuno tomar la decisión de no rehusar a
nadie en absoluto este derecho, bien haya orientado
su espíritu a la religión de los cristianos, bien a cual-
quier otra religión que cada uno crea la más apropia-
da para sí, con el fin de que la suprema divinidad, a
quien rendimos culto por propia iniciativa ⁴⁶³, pueda

prestarnos en toda circunstancia su favor y benevolencia acostumbrados. Por lo cual, conviene que tu excelencia sepa que nos ha parecido bien que sean suprimidas todas las restricciones contenidas en circulares anteriores dirigidas a tus negociados, referentes al nombre de los cristianos y que obviamente resultaban desafortunadas y extrañas a nuestra clemencia⁴⁶⁴, y que desde ahora todos los que desean observar la religión de los cristianos lo puedan hacer libremente y sin obstáculo, sin inquietud, ni molestias. Hemos creído oportuno poner en conocimiento de tu diligencia esta disposición en todos sus extremos, para que sepas que hemos concedido a los propios cristianos incondicional y absoluta facultad para practicar su religión. Al constatar que les hemos otorgado esto, debe entender tu excelencia que también a los demás se les ha concedido licencia igualmente manifiesta e incondicional para observar su religión en orden a la conservación de la paz en nuestros días, de modo que cada cual tenga libre facultad de practicar el culto que desee. Hemos actuado así para no dar la apariencia de mantener la más mínima restricción con algún culto o alguna religión⁴⁶⁵.

7 »Además, hemos dictado, en relación con los cristianos, la siguiente disposición: los locales en que ante-

riormente acostumbraban a reunirse, respecto a los cuales las cartas enviadas anteriormente a tu negociado contenían ciertas instrucciones ⁴⁶⁶, si alguien los hubiese adquirido con anterioridad, bien comprándose los al Fisco, bien a cualquier persona privada, les deben ser restituidos a los cristianos sin reclamar pago o indemnización alguna y dejando de lado cualquier subterfugio o pretexto. Asimismo, quienes los adquirieron ⁸ mediante donación, los deben restituir igualmente a los cristianos a la mayor brevedad posible. Además, si aquellos que los adquirieron mediante compra o donación reclaman alguna indemnización de nuestra benevolencia, deben dirigirse al Vicario ⁴⁶⁷ para que, mediante nuestra clemencia, se les atienda. Todos estos locales les deben ser devueltos a la comunidad cristiana ⁴⁶⁸ por intermedio tuyo sin dilación alguna ⁴⁶⁹.

9 »Por otra parte, puesto que es sabido que los mis-
mos cristianos poseían no sólo los locales en que solían
reunirse, sino también otras propiedades que pertene-
cían a su comunidad en cuanto persona jurídica, es
decir, a las iglesias, y no a personas físicas, también
éstas, sin excepción, quedan incluidas en la disposición
anterior, por lo que ordenarás que, sin pretexto ni re-
clamación alguna, les sean devueltas a estos mismos
cristianos, es decir, a su comunidad y a sus iglesias, de
acuerdo con las condiciones arriba expuestas, a saber:
que quienes las devuelvan gratuitamente, según hemos
dispuesto, pueden esperar una indemnización por parte
10 de nuestra clemencia. En todo lo referente a la suso-
dicha comunidad cristiana, deberás mostrar tu eficaz
mediación para que nuestro decreto se cumpla con la
mayor rapidez posible, a fin de que también en este
asunto se muestre la preocupación de nuestra clemen-
11 cia por la paz pública. Todo esto se hará para que, se-
gún hemos expresado más arriba, el favor divino que
nos asiste y que en tan graves circunstancias hemos
experimentado, actúe siempre de manera próspera en
nuestras empresas con el consiguiente bienestar gene-
12 ral. A fin de que puedan llegar los términos del decreto,
muestra de nuestra benevolencia, a conocimiento de
todos, deberás ordenar su promulgación⁴⁷⁰ y exponerlo
en público en todas partes para que todos lo conozcan,
de modo que nadie pueda ignorar esta manifestación
de nuestra benevolencia.»

Una vez publicadas estas circulares, recomendó también de palabra que los lugares de culto fuesen restituidos a su situación primitiva⁴⁷¹. Así pues, desde el momento de la destrucción de la Iglesia hasta el de su restauración pasaron diez años y cuatro meses más o menos⁴⁷².

*Muerte de
Maximino Daya*

Por otra parte, Licinio perseguía con su ejército al tirano, y éste, batiéndose en retirada, se dirigió de nuevo a los desfiladeros del Tauro⁴⁷³. Aquí intentó el avance con la construcción de torres y fortificaciones⁴⁷⁴, pero fue desalojado por los vencedores, que destruyeron todas las construcciones, y, finalmente, huyó a Tarso⁴⁷⁵. Allí, al verse asediado por tierra y por mar y no esperar ya refugio alguno, angustiado y temeroso, recurrió a la muerte, como remedio a los males que Dios había acumulado sobre su cabeza⁴⁷⁶. Pero previa-

mente se sació de comida y se anegó en vino, tal como acostumbran a hacerlo quienes piensan que lo van a hacer por última vez⁴⁷⁷. Tras ello ingirió veneno. Su efecto, al actuar sobre un estómago lleno, no pudo ser fulminante, sino que le produjo una debilidad maligna, similar a la que provoca la peste, por lo que su vida

4 se prolongó algún tiempo entre dolores. Después comenzó a intensificarse el efecto del veneno, con lo que sus entrañas comenzaron a arder con un dolor tan insoportable que le llevó a la locura. Llegó a tal extremo, que por espacio de cuatro días, preso de la locura, cogía con sus manos tierra seca y la devoraba

5 como un hambriento⁴⁷⁸. Seguidamente, después de innumerables y duros dolores, al golpear su cabeza contra las paredes, sus ojos se saltaron de sus órbitas⁴⁷⁹. Por último, perdida ya la vista, tuvo una visión en la que Dios le juzgaba rodeado de servidores vestidos de

6 blanco. Daba gritos de manera semejante a los que están sometidos a tortura y declaraba que no lo había hecho él, sino otros. Finalmente, como si hubiese cedido a los tormentos, comenzó a confesar a Cristo su-

plicándole e implorándole que se compadeciese de él ⁴⁸⁰. De este modo, exhalando gemidos como si le estuviesen quemando, entregó su espíritu pernicioso en medio de un género de muerte detestable ⁴⁸¹.

Venganza de Licinio: muerte de los miembros de la familia de Galerio, Severo y Maximino

Fue así como Dios terminó con **50** todos los perseguidores de su nombre, de modo que no quedó de ellos ni huella, ni raíz ⁴⁸². En **2** efecto, Licinio, una vez que tuvo en sus manos todo el poder, mandó matar primeramente a Valeria ⁴⁸³, a quien Maximino, pese a su ira

- contra ella, ni siquiera tras su huida, cuando venía su muerte próxima, se había atrevido a asesinar; lo mismo hizo con Candidiano, hijo de una concubina, a quien
- 3 Valeria había adoptado porque era estéril ⁴⁸⁴. No obstante, Valeria, al enterarse de la victoria de Licinio, se había introducido entre la comitiva de éste con un ropaje disfrazado para tratar de conocer cuál era el porvenir que esperaba a Candidiano. Este, que se había presentado en Nicomedia y parecía ser tenido en consideración, fue muerto cuando menos lo sospechaba ⁴⁸⁵.
 - 4 Ella, al enterarse del final sufrido por éste, se dio inmediatamente a la fuga.
 - 5 A Severiano, el hijo de Severo ⁴⁸⁶, que ya era adulto y que había seguido desde el campo de batalla a Maximino en su fuga, lo mató condenándolo a la pena capital bajo la acusación de aspirar a la púrpura tras
 - 6 la muerte de éste. Todos ellos, temiendo previamente a Licinio como si fuese un malvado, habían preferido estar del lado de Maximino ⁴⁸⁷, a excepción de Valeria, que se opuso a Licinio igual que lo había hecho con Maximino, cuando aquél quiso entrar en posesión, por derecho de herencia, de todos los bienes de Galerio.

Eliminó también al hijo mayor de Maximino, que 7
tenía ocho años, y a su hija de siete, que había sido
prometida a Candidiano ⁴⁸⁸. Pero, previamente, la madre
de ambos había sido arrojada al Orontes, el mismo
lugar donde muchas veces ella había hecho arrojar a
mujeres honestas ⁴⁸⁹. De este modo, todos los impíos, 8
por un justo y verdadero juicio de Dios, recibieron los
mismos castigos que ellos habían infligido ⁴⁹⁰.

51 *Muerte de Valeria
y Prisca,
hija y esposa,
respectivamente,
de Diocleciano*

También Valeria, tras vagar durante quince meses por diversas provincias disfrazada con ropaje de plebeya, fue reconocida finalmente en Tesalónica y, apresada

2 junto con su madre, recibió su castigo ⁴⁹¹. En efecto, ambas mujeres fueron llevadas al suplicio en medio de gran expectación y conmiseración por tan grande desgracia y, después de amputarles la cabeza, sus cuerpos fueron arrojados al mar ⁴⁹². De este modo, su honestidad y su rango les valieron la muerte ⁴⁹³.

52 *Epílogo*

Todos estos hechos he juzgado oportuno consignarlos por escrito fielmente —pues me dirijo a una persona que los conoce—, tal como sucedieron, con la finalidad

de que no se perdiese el recuerdo de tan importantes acontecimientos y de que, si alguien quiere escribir después la historia, no altere la verdad silenciando las ofensas de aquéllos contra Dios y el juicio de Dios 2 sobre ellos. Debemos dar las gracias a su eterna misericordia, porque al fin volvió la mirada a la tierra y se

dignó reunir y recomponer su rebaño que se hallaba, en parte, diezmado por los lobos rapaces, en parte dispersado, y exterminar las alimanas dañinas que habían arrasado los pastos del divino rebaño y asaltado los rediles ⁴⁹⁴.

¿Qué es ahora de aquellos sobrenombres de Jovios ³ y Hercúleos, brillantes e ilustres entre las gentes, que, por vez primera, adoptaron con insolencia Diocles y Maximiano y, después, heredaron y mantuvieron sus sucesores? El Señor, en verdad, los aniquiló y erradicó de la tierra ⁴⁹⁵.

Así pues, celebremos con alegría el triunfo de Dios, ⁴ concurramos en masa a festejar con alabanzas su victoria, celebrémoslo con plegarias de noche y de día, celebrémoslo para que conserve por siempre la paz que, tras diez años de guerras, ha concedido a su pueblo.

De una manera especial, tú, Donato carísimo, que ⁵ has contraído méritos para ser escuchado por Dios, ruega al Señor para que, indulgente y benévolo, manifieste su misericordia también a sus siervos: para que libre a su pueblo de las insidias y ataques del diablo; para que proteja la paz perpetua de la Iglesia floreciente ⁴⁹⁶.